

13. La familia cristiana: formadora de personas

LECTURAS RECOMENDADAS

Magisterio de la Iglesia

1. Amoris Laetitia 80-85

80. El matrimonio es en primer lugar una «íntima comunidad conyugal de vida y amor», que constituye un bien para los mismos esposos, y la sexualidad «está ordenada al amor conyugal del hombre y la mujer». Por eso, también «los esposos a los que Dios no ha concedido tener hijos pueden llevar una vida conyugal plena de sentido, humana y cristianamente». No obstante, esta unión está ordenada a la generación «por su propio carácter natural». El niño que llega «no viene de fuera a añadirse al amor mutuo de los esposos; brota del corazón mismo de ese don recíproco, del que es fruto y cumplimiento». No aparece como el final de un proceso, sino que está presente desde el inicio del amor como una característica esencial que no puede ser negada sin mutilar al mismo amor. Desde el comienzo, el amor rechaza todo impulso de cerrarse en sí mismo, y se abre a una fecundidad que lo prolonga más allá de su propia existencia. Entonces, ningún acto genital de los esposos puede negar este significado, aunque por diversas razones no siempre pueda de hecho engendrar una nueva vida.

81. El hijo reclama nacer de ese amor, y no de cualquier manera, ya que él «no es un derecho sino un don», que es «el fruto del acto específico del amor conyugal de sus padres». Porque «según el orden de la creación, el amor conyugal entre un hombre y una mujer y la transmisión de la vida están ordenados recíprocamente (cf. *Gn* 1,27-28). De esta manera, el Creador hizo al hombre y a la mujer partícipes de la obra de su creación y, al mismo tiempo, los hizo instrumentos de su amor, confiando a su responsabilidad el futuro de la humanidad a través de la transmisión de la vida humana».

82. Los Padres sinodales han mencionado que «no es difícil constatar que se está difundiendo una mentalidad que reduce la generación de la vida a una variable de los proyectos individuales o de los cónyuges». La enseñanza de la Iglesia «ayuda a vivir de manera armoniosa y consciente la comunión entre los cónyuges, en todas sus dimensiones, junto a la responsabilidad generativa. Es preciso redescubrir el mensaje de la Encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI, que hace hincapié en la necesidad de respetar la dignidad de la persona en la valoración moral de los métodos de regulación de la natalidad [...] La opción de la adopción y de la acogida expresa una fecundidad particular de la experiencia conyugal»^[91]. Con particular gratitud, la Iglesia «sostiene a las familias que acogen, educan y rodean con su afecto a los hijos diversamente hábiles».



83. En este contexto, no puedo dejar de decir que, si la familia es el santuario de la vida, el lugar donde la vida es engendrada y cuidada, constituye una contradicción lacerante que se convierta en el lugar donde la vida es negada y destrozada. Es tan grande el valor de una vida humana, y es tan inalienable el derecho a la vida del niño inocente que crece en el seno de su madre, que de ningún modo se puede plantear como un derecho sobre el propio cuerpo la posibilidad de tomar decisiones con respecto a esa vida, que es un fin en sí misma y que nunca puede ser un objeto de dominio de otro ser humano. La familia protege la vida en todas sus etapas y también en su ocaso. Por eso, «a quienes trabajan en las estructuras sanitarias se les recuerda la obligación moral de la objeción de conciencia. Del mismo modo, la Iglesia no sólo siente la urgencia de afirmar el derecho a la muerte natural, evitando el ensañamiento terapéutico y la eutanasia», sino también «rechaza con firmeza la pena de muerte».

84. Los Padres quisieron enfatizar también que «uno de los desafíos fundamentales frente al que se encuentran las familias de hoy es seguramente el desafío educativo, todavía más arduo y complejo a causa de la realidad cultural actual y de la gran influencia de los medios de comunicación». «La Iglesia desempeña un rol precioso de apoyo a las familias, partiendo de la iniciación cristiana, a través de comunidades acogedoras». Pero me parece muy importante recordar que la educación integral de los hijos es «obligación gravísima», a la vez que «derecho primario» de los padres. No es sólo una carga o un peso, sino también un derecho esencial e insustituible que están llamados a defender y que nadie debería pretender quitarles. El Estado ofrece un servicio educativo de manera subsidiaria, acompañando la función indelegable de los padres, que tienen derecho a poder elegir con libertad el tipo de educación —accesible y de calidad— que quieran dar a sus hijos según sus convicciones. La escuela no sustituye a los padres sino que los complementa. Este es un principio básico: «Cualquier otro colaborador en el proceso educativo debe actuar en nombre de los padres, con su consenso y, en cierta medida, incluso por encargo suyo». Pero «se ha abierto una brecha entre familia y sociedad, entre familia y escuela, el pacto educativo hoy se ha roto; y así, la alianza educativa de la sociedad con la familia ha entrado en crisis».

85. La Iglesia está llamada a colaborar, con una acción pastoral adecuada, para que los propios padres puedan cumplir con su misión educativa. Siempre debe hacerlo ayudándoles a valorar su propia función, y a reconocer que quienes han recibido el sacramento del matrimonio se convierten en verdaderos ministros educativos, porque cuando forman a sus hijos edifican la Iglesia, y al hacerlo aceptan una vocación que Dios les propone.

2. Amoris Laetitia 89-164

EL AMOR EN EL MATRIMONIO

89. Todo lo dicho no basta para manifestar el evangelio del matrimonio y de la familia si no nos detenemos especialmente a hablar de amor. Porque no podremos alentar un camino de fidelidad y de entrega recíproca si no estimulamos el crecimiento, la consolidación y la profundización del amor conyugal y familiar. En efecto, la gracia del sacramento del matrimonio está destinada ante todo «a perfeccionar el amor de los cónyuges». También aquí se aplica que, «podría tener fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada. Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo



amor, de nada me sirve» (1 Co 13,2-3). Pero la palabra «amor», una de las más utilizadas, aparece muchas veces desfigurada.

Nuestro amor cotidiano

90. En el así llamado himno de la caridad escrito por san Pablo, vemos algunas características del amor verdadero:

«El amor es paciente,
es servicial;
el amor no tiene envidia,
no hace alarde,
no es arrogante,
no obra con dureza,
no busca su propio interés,
no se irrita,
no lleva cuentas del mal,
no se alegra de la injusticia,
sino que goza con la verdad.
Todo lo disculpa,
todo lo cree,
todo lo espera,
todo lo soporta» (1 Co 13,4-7).

Esto se vive y se cultiva en medio de la vida que comparten todos los días los esposos, entre sí y con sus hijos. Por eso es valioso detenerse a precisar el sentido de las expresiones de este texto, para intentar una aplicación a la existencia concreta de cada familia.

Paciencia

91. La primera expresión utilizada es *makrothymeí*. La traducción no es simplemente que «todo lo soporta», porque esa idea está expresada al final del v. 7. El sentido se toma de la traducción griega del Antiguo Testamento, donde dice que Dios es «lento a la ira» (Ex 34,6; Nm 14,18). Se muestra cuando la persona no se deja llevar por los impulsos y evita agredir. Es una cualidad del Dios de la Alianza que convoca a su imitación también dentro de la vida familiar. Los textos en los que Pablo usa este término se deben leer con el trasfondo del Libro de la Sabiduría (cf. 11,23; 12,2.15-18); al mismo tiempo que se alaba la moderación de Dios para dar espacio al arrepentimiento, se insiste en su poder que se manifiesta cuando actúa con misericordia. La paciencia de Dios es ejercicio de la misericordia con el pecador y manifiesta el verdadero poder.

92. Tener paciencia no es dejar que nos maltraten continuamente, o tolerar agresiones físicas, o permitir que nos traten como objetos. El problema es cuando exigimos que las relaciones sean celestiales o que las personas sean perfectas, o cuando nos colocamos en el centro y esperamos que sólo se cumpla la propia voluntad. Entonces todo nos impacienta, todo nos lleva a reaccionar con agresividad. Si no cultivamos la paciencia, siempre tendremos excusas para responder con ira, y finalmente nos convertiremos en personas que no saben convivir, antisociales, incapaces de postergar los impulsos, y la familia se



volverá un campo de batalla. Por eso, la Palabra de Dios nos exhorta: «Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda la maldad» (Ef 4,31). Esta paciencia se afianza cuando reconozco que el otro también tiene derecho a vivir en esta tierra junto a mí, así como es. No importa si es un estorbo para mí, si altera mis planes, si me molesta con su modo de ser o con sus ideas, si no es todo lo que yo esperaba. El amor tiene siempre un sentido de profunda compasión que lleva a aceptar al otro como parte de este mundo, también cuando actúa de un modo diferente a lo que yo desearía.

Actitud de servicio

93. Sigue la palabra *jrestéuetai*, que es única en toda la Biblia, derivada de *jrestós* (persona buena, que muestra su bondad en sus obras). Pero, por el lugar en que está, en estricto paralelismo con el verbo precedente, es un complemento suyo. Así, Pablo quiere aclarar que la «paciencia» nombrada en primer lugar no es una postura totalmente pasiva, sino que está acompañada por una actividad, por una reacción dinámica y creativa ante los demás. Indica que el amor beneficia y promueve a los demás. Por eso se traduce como «servicial».

94. En todo el texto se ve que Pablo quiere insistir en que el amor no es sólo un sentimiento, sino que se debe entender en el sentido que tiene el verbo «amar» en hebreo: es «hacer el bien». Como decía san Ignacio de Loyola, «el amor se debe poner más en las obras que en las palabras»^[106]. Así puede mostrar toda su fecundidad, y nos permite experimentar la felicidad de dar, la nobleza y la grandeza de donarse sobreabundantemente, sin medir, sin reclamar pagos, por el solo gusto de dar y de servir.

Sanando la envidia

95. Luego se rechaza como contraria al amor una actitud expresada como *zeloí* (celos, envidia). Significa que en el amor no hay lugar para sentir malestar por el bien de otro (cf. Hch 7,9; 17,5). La envidia es una tristeza por el bien ajeno, que muestra que no nos interesa la felicidad de los demás, ya que estamos exclusivamente concentrados en el propio bienestar. Mientras el amor nos hace salir de nosotros mismos, la envidia nos lleva a centrarnos en el propio yo. El verdadero amor valora los logros ajenos, no los siente como una amenaza, y se libera del sabor amargo de la envidia. Acepta que cada uno tiene dones diferentes y distintos caminos en la vida. Entonces, procura descubrir su propio camino para ser feliz, dejando que los demás encuentren el suyo.

96. En definitiva, se trata de cumplir aquello que pedían los dos últimos mandamientos de la Ley de Dios: «No codiciarás los bienes de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de él» (Ex 20,17). El amor nos lleva a una sentida valoración de cada ser humano, reconociendo su derecho a la felicidad. Amo a esa persona, la miro con la mirada de Dios Padre, que nos regala todo «para que lo disfrutemos» (1 Tm 6,17), y entonces acepto en mi interior que pueda disfrutar de un buen momento. Esta misma raíz del amor, en todo caso, es lo que me lleva a rechazar la injusticia de que algunos tengan demasiado y otros no tengan nada, o lo que me mueve a buscar que también los descartables de la sociedad puedan vivir un poco de alegría. Pero eso no es envidia, sino deseos de equidad.

Sin hacer alarde ni agrandarse



97. Sigue el término *perpereuotai*, que indica la vanagloria, el ansia de mostrarse como superior para impresionar a otros con una actitud pedante y algo agresiva. Quien ama, no sólo evita hablar demasiado de sí mismo, sino que además, porque está centrado en los demás, sabe ubicarse en su lugar sin pretender ser el centro. La palabra siguiente — *physioutai*— es muy semejante, porque indica que el amor no es arrogante. Literalmente expresa que no se «agranda» ante los demás, e indica algo más sutil. No es sólo una obsesión por mostrar las propias cualidades, sino que además se pierde el sentido de la realidad. Se considera más grande de lo que es, porque se cree más «espiritual» o «sabio». Pablo usa este verbo otras veces, por ejemplo para decir que «la ciencia hincha, el amor en cambio edifica» (1 Co 8,1). Es decir, algunos se creen grandes porque saben más que los demás, y se dedican a exigirles y a controlarlos, cuando en realidad lo que nos hace grandes es el amor que comprende, cuida, protege al débil. En otro versículo también lo aplica para criticar a los que se «agrandan» (cf. 1 Co 4,18), pero en realidad tienen más palabrería que verdadero «poder» del Espíritu (cf. 1 Co 4,19).

98. Es importante que los cristianos vivan esto en su modo de tratar a los familiares poco formados en la fe, frágiles o menos firmes en sus convicciones. A veces ocurre lo contrario: los supuestamente más adelantados dentro de su familia, se vuelven arrogantes e insoportables. La actitud de humildad aparece aquí como algo que es parte del amor, porque para poder comprender, disculpar o servir a los demás de corazón, es indispensable sanar el orgullo y cultivar la humildad. Jesús recordaba a sus discípulos que en el mundo del poder cada uno trata de dominar a otro, y por eso les dice: «No ha de ser así entre vosotros» (Mt 20,26). La lógica del amor cristiano no es la de quien se siente más que otros y necesita hacerles sentir su poder, sino que «el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mt 20,27). En la vida familiar no puede reinar la lógica del dominio de unos sobre otros, o la competición para ver quién es más inteligente o poderoso, porque esa lógica acaba con el amor. También para la familia es este consejo: «Tened sentimientos de humildad unos con otros, porque Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes» (1 P 5,5).

Amabilidad

99. Amar también es volverse amable, y allí toma sentido la palabra *asjemonéi*. Quiere indicar que el amor no obra con rudeza, no actúa de modo descortés, no es duro en el trato. Sus modos, sus palabras, sus gestos, son agradables y no ásperos ni rígidos. Detesta hacer sufrir a los demás. La cortesía «es una escuela de sensibilidad y desinterés», que exige a la persona «cultivar su mente y sus sentidos, aprender a sentir, hablar y, en ciertos momentos, a callar». Ser amable no es un estilo que un cristiano puede elegir o rechazar. Como parte de las exigencias irrenunciables del amor, «todo ser humano está obligado a ser afable con los que lo rodean». Cada día, «entrar en la vida del otro, incluso cuando forma parte de nuestra vida, pide la delicadeza de una actitud no invasora, que renueve la confianza y el respeto [...] El amor, cuando es más íntimo y profundo, tanto más exige el respeto de la libertad y la capacidad de esperar que el otro abra la puerta de su corazón».

100. Para disponerse a un verdadero encuentro con el otro, se requiere una mirada amable puesta en él. Esto no es posible cuando reina un pesimismo que destaca defectos y errores ajenos, quizás para compensar los propios complejos. Una mirada amable permite que no nos detengamos tanto en sus límites, y así podamos tolerarlo y unirnos en un proyecto



común, aunque seamos diferentes. El amor amable genera vínculos, cultiva lazos, crea nuevas redes de integración, construye una trama social firme. Así se protege a sí mismo, ya que sin sentido de pertenencia no se puede sostener una entrega por los demás, cada uno termina buscando sólo su conveniencia y la convivencia se torna imposible. Una persona antisocial cree que los demás existen para satisfacer sus necesidades, y que cuando lo hacen sólo cumplen con su deber. Por lo tanto, no hay lugar para la amabilidad del amor y su lenguaje. El que ama es capaz de decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan. Veamos, por ejemplo, algunas palabras que decía Jesús a las personas: «¡Ánimo hijo!» (Mt 9,2). «¡Qué grande es tu fe!» (Mt 15,28). «¡Levántate!» (Mc 5,41). «Vete en paz» (Lc 7,50). «No tengáis miedo» (Mt 14,27). No son palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian. En la familia hay que aprender este lenguaje amable de Jesús.

Desprendimiento

101. Hemos dicho muchas veces que para amar a los demás primero hay que amarse a sí mismo. Sin embargo, este himno al amor afirma que el amor «no busca su propio interés», o «no busca lo que es de él». También se usa esta expresión en otro texto: «No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás» (Flp 2,4). Ante una afirmación tan clara de las Escrituras, hay que evitar darle prioridad al amor a sí mismo como si fuera más noble que el don de sí a los demás. Una cierta prioridad del amor a sí mismo sólo puede entenderse como una condición psicológica, en cuanto quien es incapaz de amarse a sí mismo encuentra dificultades para amar a los demás: «El que es tacaño consigo mismo, ¿con quién será generoso? [...] Nadie peor que el avaro consigo mismo» (Si 14,5-6).

102. Pero el mismo santo Tomás de Aquino ha explicado que «pertenece más a la caridad querer amar que querer ser amado» y que, de hecho, «las madres, que son las que más aman, buscan más amar que ser amadas». Por eso, el amor puede ir más allá de la justicia y desbordarse gratis, «sin esperar nada a cambio» (Lc 6,35), hasta llegar al amor más grande, que es «dar la vida» por los demás (Jn 15,13). ¿Todavía es posible este desprendimiento que permite dar gratis y dar hasta el fin? Seguramente es posible, porque es lo que pide el Evangelio: «Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis» (Mt 10,8).

Sin violencia interior

103. Si la primera expresión del himno nos invitaba a la paciencia que evita reaccionar bruscamente ante las debilidades o errores de los demás, ahora aparece otra palabra — *paroxýnetai*—, que se refiere a una reacción interior de indignación provocada por algo externo. Se trata de una violencia interna, de una irritación no manifiesta que nos coloca a la defensiva ante los otros, como si fueran enemigos molestos que hay que evitar. Alimentar esa agresividad íntima no sirve para nada. Sólo nos enferma y termina aislándonos. La indignación es sana cuando nos lleva a reaccionar ante una grave injusticia, pero es dañina cuando tiende a impregnar todas nuestras actitudes ante los otros.

104. El Evangelio invita más bien a mirar la viga en el propio ojo (cf. Mt 7,5), y los cristianos no podemos ignorar la constante invitación de la Palabra de Dios a no alimentar la ira: «No te dejes vencer por el mal» (Rm 12,21). «No nos cansemos de hacer el bien» (Ga 6,9). Una



cosa es sentir la fuerza de la agresividad que brota y otra es consentirla, dejar que se convierta en una actitud permanente: «Si os indignáis, no llegareis a pecar; que la puesta del sol no os sorprenda en vuestro enojo» (Ef 4,26). Por ello, nunca hay que terminar el día sin hacer las paces en la familia. Y, «¿cómo debo hacer las paces? ¿Ponerme de rodillas? ¡No! Sólo un pequeño gesto, algo pequeño, y vuelve la armonía familiar. Basta una caricia, sin palabras. Pero nunca terminar el día en familia sin hacer las paces»^[112]. La reacción interior ante una molestia que nos causen los demás debería ser ante todo bendecir en el corazón, desear el bien del otro, pedir a Dios que lo libere y lo sane: «Responded con una bendición, porque para esto habéis sido llamados: para heredar una bendición» (1 P 3,9). Si tenemos que luchar contra un mal, hagámoslo, pero siempre digamos «no» a la violencia interior.

Perdón

105. Si permitimos que un mal sentimiento penetre en nuestras entrañas, dejamos lugar a ese rencor que se añeja en el corazón. La frase *logízetai to kakón* significa «toma en cuenta el mal», «lo lleva anotado», es decir, es rencoroso. Lo contrario es el perdón, un perdón que se fundamenta en una actitud positiva, que intenta comprender la debilidad ajena y trata de buscarle excusas a la otra persona, como Jesús cuando dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Pero la tendencia suele ser la de buscar más y más culpas, la de imaginar más y más maldad, la de suponer todo tipo de malas intenciones, y así el rencor va creciendo y se arraiga. De ese modo, cualquier error o caída del cónyuge puede dañar el vínculo amoroso y la estabilidad familiar. El problema es que a veces se le da a todo la misma gravedad, con el riesgo de volverse crueles ante cualquier error ajeno. La justa reivindicación de los propios derechos, se convierte en una persistente y constante sed de venganza más que en una sana defensa de la propia dignidad.

106. Cuando hemos sido ofendidos o desilusionados, el perdón es posible y deseable, pero nadie dice que sea fácil. La verdad es que «la comunión familiar puede ser conservada y perfeccionada sólo con un gran espíritu de sacrificio. Exige, en efecto, una pronta y generosa disponibilidad de todos y cada uno a la comprensión, a la tolerancia, al perdón, a la reconciliación. Ninguna familia ignora que el egoísmo, el desacuerdo, las tensiones, los conflictos atacan con violencia y a veces hieren mortalmente la propia comunión: de aquí las múltiples y variadas formas de división en la vida familiar».

107. Hoy sabemos que para poder perdonar necesitamos pasar por la experiencia liberadora de comprendernos y perdonarnos a nosotros mismos. Tantas veces nuestros errores, o la mirada crítica de las personas que amamos, nos han llevado a perder el cariño hacia nosotros mismos. Eso hace que terminemos guardándonos de los otros, escapando del afecto, llenándonos de temores en las relaciones interpersonales. Entonces, poder culpar a otros se convierte en un falso alivio. Hace falta orar con la propia historia, aceptarse a sí mismo, saber convivir con las propias limitaciones, e incluso perdonarse, para poder tener esa misma actitud con los demás.

108. Pero esto supone la experiencia de ser perdonados por Dios, justificados gratuitamente y no por nuestros méritos. Fuimos alcanzados por un amor previo a toda obra nuestra, que siempre da una nueva oportunidad, promueve y estimula. Si aceptamos que el amor de Dios es incondicional, que el cariño del Padre no se debe comprar ni pagar, entonces podremos



amar más allá de todo, perdonar a los demás aun cuando hayan sido injustos con nosotros. De otro modo, nuestra vida en familia dejará de ser un lugar de comprensión, acompañamiento y estímulo, y será un espacio de permanente tensión o de mutuo castigo.

Alegrarse con los demás

109. La expresión *jairei epi te adikía* indica algo negativo afincado en el secreto del corazón de la persona. Es la actitud venenosa del que se alegra cuando ve que se le hace injusticia a alguien. La frase se complementa con la siguiente, que lo dice de modo positivo: *sygjairei te alétheia*: se regocija con la verdad. Es decir, se alegra con el bien del otro, cuando se reconoce su dignidad, cuando se valoran sus capacidades y sus buenas obras. Eso es imposible para quien necesita estar siempre comparándose o compitiendo, incluso con el propio cónyuge, hasta el punto de alegrarse secretamente por sus fracasos.

110. Cuando una persona que ama puede hacer un bien a otro, o cuando ve que al otro le va bien en la vida, lo vive con alegría, y de ese modo da gloria a Dios, porque «Dios ama al que da con alegría» (2 Co 9,7). Nuestro Señor aprecia de manera especial a quien se alegra con la felicidad del otro. Si no alimentamos nuestra capacidad de gozar con el bien del otro y, sobre todo, nos concentramos en nuestras propias necesidades, nos condenamos a vivir con poca alegría, ya que como ha dicho Jesús «hay más felicidad en dar que en recibir» (Hch 20,35). La familia debe ser siempre el lugar donde alguien, que logra algo bueno en la vida, sabe que allí lo van a celebrar con él.

Disculpa todo

111. El elenco se completa con cuatro expresiones que hablan de una totalidad: «todo». Disculpa todo, cree todo, espera todo, soporta todo. De este modo, se remarca con fuerza el dinamismo contracultural del amor, capaz de hacerle frente a cualquier cosa que pueda amenazarlo.

112. En primer lugar se dice que todo lo disculpa *panta stegei*. Se diferencia de «no tiene en cuenta el mal», porque este término tiene que ver con el uso de la lengua; puede significar «guardar silencio» sobre lo malo que puede haber en otra persona. Implica limitar el juicio, contener la inclinación a lanzar una condena dura e implacable: «No condenéis y no seréis condenados» (Lc 6,37). Aunque vaya en contra de nuestro habitual uso de la lengua, la Palabra de Dios nos pide: «No habléis mal unos de otros, hermanos» (St 4,11). Detenerse a dañar la imagen del otro es un modo de reforzar la propia, de descargar los rencores y envidias sin importar el daño que causemos. Muchas veces se olvida de que la difamación puede ser un gran pecado, una seria ofensa a Dios, cuando afecta gravemente la buena fama de los demás, ocasionándoles daños muy difíciles de reparar. Por eso, la Palabra de Dios es tan dura con la lengua, diciendo que «es un mundo de iniquidad» que «contamina a toda la persona» (St 3,6), como un «mal incansable cargado de veneno mortal» (St 3,8). Si «con ella maldecimos a los hombres, creados a semejanza de Dios» (St 3,9), el amor cuida la imagen de los demás, con una delicadeza que lleva a preservar incluso la buena fama de los enemigos. En la defensa de la ley divina nunca debemos olvidarnos de esta exigencia del amor.



113. Los esposos que se aman y se pertenecen, hablan bien el uno del otro, intentan mostrar el lado bueno del cónyuge más allá de sus debilidades y errores. En todo caso, guardan silencio para no dañar su imagen. Pero no es sólo un gesto externo, sino que brota de una actitud interna. Tampoco es la ingenuidad de quien pretende no ver las dificultades y los puntos débiles del otro, sino la amplitud de miras de quien coloca esas debilidades y errores en su contexto. Recuerda que esos defectos son sólo una parte, no son la totalidad del ser del otro. Un hecho desagradable en la relación no es la totalidad de esa relación. Entonces, se puede aceptar con sencillez que todos somos una compleja combinación de luces y de sombras. El otro no es sólo eso que a mí me molesta. Es mucho más que eso. Por la misma razón, no le exijo que su amor sea perfecto para valorarlo. Me ama como es y como puede, con sus límites, pero que su amor sea imperfecto no significa que sea falso o que no sea real. Es real, pero limitado y terreno. Por eso, si le exijo demasiado, me lo hará saber de alguna manera, ya que no podrá ni aceptará jugar el papel de un ser divino ni estar al servicio de todas mis necesidades. El amor convive con la imperfección, la disculpa, y sabe guardar silencio ante los límites del ser amado.

Confía

114. *Panta pisteuei*, «todo lo cree», por el contexto, no se debe entender «fe» en el sentido teológico, sino en el sentido corriente de «confianza». No se trata sólo de no sospechar que el otro esté mintiendo o engañando. Esa confianza básica reconoce la luz encendida por Dios, que se esconde detrás de la oscuridad, o la brasa que todavía arde debajo de las cenizas.

115. Esta misma confianza hace posible una relación de libertad. No es necesario controlar al otro, seguir minuciosamente sus pasos, para evitar que escape de nuestros brazos. El amor confía, deja en libertad, renuncia a controlarlo todo, a poseer, a dominar. Esa libertad, que hace posible espacios de autonomía, apertura al mundo y nuevas experiencias, permite que la relación se enriquezca y no se convierta en un círculo cerrado sin horizontes. Así, los cónyuges, al reencontrarse, pueden vivir la alegría de compartir lo que han recibido y aprendido fuera del círculo familiar. Al mismo tiempo, hace posible la sinceridad y la transparencia, porque cuando uno sabe que los demás confían en él y valoran la bondad básica de su ser, entonces sí se muestra tal cual es, sin ocultamientos. Alguien que sabe que siempre sospechan de él, que lo juzgan sin compasión, que no lo aman de manera incondicional, preferirá guardar sus secretos, esconder sus caídas y debilidades, fingir lo que no es. En cambio, una familia donde reina una básica y cariñosa confianza, y donde siempre se vuelve a confiar a pesar de todo, permite que brote la verdadera identidad de sus miembros, y hace que espontáneamente se rechacen el engaño, la falsedad o la mentira.

Espera

116. *Panta elpizei*: no desespera del futuro. Conectado con la palabra anterior, indica la espera de quien sabe que el otro puede cambiar. Siempre espera que sea posible una maduración, un sorpresivo brote de belleza, que las potencialidades más ocultas de su ser germinen algún día. No significa que todo vaya a cambiar en esta vida. Implica aceptar que algunas cosas no sucedan como uno desea, sino que quizás Dios escriba derecho con las líneas torcidas de una persona y saque algún bien de los males que ella no logre superar en esta tierra.



117. Aquí se hace presente la esperanza en todo su sentido, porque incluye la certeza de una vida más allá de la muerte. Esa persona, con todas sus debilidades, está llamada a la plenitud del cielo. Allí, completamente transformada por la resurrección de Cristo, ya no existirán sus fragilidades, sus oscuridades ni sus patologías. Allí el verdadero ser de esa persona brillará con toda su potencia de bien y de hermosura. Eso también nos permite, en medio de las molestias de esta tierra, contemplar a esa persona con una mirada sobrenatural, a la luz de la esperanza, y esperar esa plenitud que un día recibirá en el Reino celestial, aunque ahora no sea visible.

Soporta todo

118. *Panta hypoménei* significa que sobrelleva con espíritu positivo todas las contrariedades. Es mantenerse firme en medio de un ambiente hostil. No consiste sólo en tolerar algunas cosas molestas, sino en algo más amplio: una resistencia dinámica y constante, capaz de superar cualquier desafío. Es amor a pesar de todo, aun cuando todo el contexto invite a otra cosa. Manifiesta una cuota de heroísmo tozudo, de potencia en contra de toda corriente negativa, una opción por el bien que nada puede derribar. Esto me recuerda aquellas palabras de Martin Luther King, cuando volvía a optar por el amor fraterno aun en medio de las peores persecuciones y humillaciones: «La persona que más te odia, tiene algo bueno en él; incluso la nación que más odia, tiene algo bueno en ella; incluso la raza que más odia, tiene algo bueno en ella. Y cuando llegas al punto en que miras el rostro de cada hombre y ves muy dentro de él lo que la religión llama la “imagen de Dios”, comienzas a amarlo “a pesar de”. No importa lo que haga, ves la imagen de Dios allí. Hay un elemento de bondad del que nunca puedes deshacerte [...] Otra manera para amar a tu enemigo es esta: cuando se presenta la oportunidad para que derrotes a tu enemigo, ese es el momento en que debes decidir no hacerlo [...] Cuando te elevas al nivel del amor, de su gran belleza y poder, lo único que buscas derrotar es los sistemas malignos. A las personas atrapadas en ese sistema, las amas, pero tratas de derrotar ese sistema [...] Odio por odio sólo intensifica la existencia del odio y del mal en el universo. Si yo te golpeo y tú me golpeas, y te devuelvo el golpe y tú me lo devuelves, y así sucesivamente, es evidente que se llega hasta el infinito. Simplemente nunca termina. En algún lugar, alguien debe tener un poco de sentido, y esa es la persona fuerte. La persona fuerte es la persona que puede romper la cadena del odio, la cadena del mal [...] Alguien debe tener suficiente religión y moral para cortarla e inyectar dentro de la propia estructura del universo ese elemento fuerte y poderoso del amor».

119. En la vida familiar hace falta cultivar esa fuerza del amor, que permite luchar contra el mal que la amenaza. El amor no se deja dominar por el rencor, el desprecio hacia las personas, el deseo de lastimar o de cobrarse algo. El ideal cristiano, y de modo particular en la familia, es amor a pesar de todo. A veces me admira, por ejemplo, la actitud de personas que han debido separarse de su cónyuge para protegerse de la violencia física y, sin embargo, por la caridad conyugal que sabe ir más allá de los sentimientos, han sido capaces de procurar su bien, aunque sea a través de otros, en momentos de enfermedad, de sufrimiento o de dificultad. Eso también es amor a pesar de todo.

Crecer en la caridad conyugal



120. El himno de san Pablo, que hemos recorrido, nos permite dar paso a la caridad conyugal. Es el amor que une a los esposos, santificado, enriquecido e iluminado por la gracia del sacramento del matrimonio. Es una «unión afectiva», espiritual y oblativa, pero que recoge en sí la ternura de la amistad y la pasión erótica, aunque es capaz de subsistir aun cuando los sentimientos y la pasión se debiliten. El Papa Pío XI enseñaba que ese amor permea todos los deberes de la vida conyugal y «tiene cierto principado de nobleza». Porque ese amor fuerte, derramado por el Espíritu Santo, es reflejo de la Alianza inquebrantable entre Cristo y la humanidad que culminó en la entrega hasta el fin, en la cruz: «El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal».

121. El matrimonio es un signo precioso, porque «cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se “refleja” en ellos, imprime en ellos los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor. El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros. También Dios, en efecto, es comunión: las tres Personas del Padre, Hijo y Espíritu Santo viven desde siempre y para siempre en unidad perfecta. Y es precisamente este el misterio del matrimonio: Dios hace de los dos esposos una sola existencia». Esto tiene consecuencias muy concretas y cotidianas, porque los esposos, «en virtud del sacramento, son investidos de una auténtica misión, para que puedan hacer visible, a partir de las cosas sencillas, ordinarias, el amor con el que Cristo ama a su Iglesia, que sigue entregando la vida por ella».

122. Sin embargo, no conviene confundir planos diferentes: no hay que arrojar sobre dos personas limitadas el tremendo peso de tener que reproducir de manera perfecta la unión que existe entre Cristo y su Iglesia, porque el matrimonio como signo implica «un proceso dinámico, que avanza gradualmente con la progresiva integración de los dones de Dios».

Toda la vida, todo en común

123. Después del amor que nos une a Dios, el amor conyugal es la «máxima amistad». Es una unión que tiene todas las características de una buena amistad: búsqueda del bien del otro, reciprocidad, intimidad, ternura, estabilidad, y una semejanza entre los amigos que se va construyendo con la vida compartida. Pero el matrimonio agrega a todo ello una exclusividad indisoluble, que se expresa en el proyecto estable de compartir y construir juntos toda la existencia. Seamos sinceros y reconozcamos las señales de la realidad: quien está enamorado no se plantea que esa relación pueda ser sólo por un tiempo; quien vive intensamente la alegría de casarse no está pensando en algo pasajero; quienes acompañan la celebración de una unión llena de amor, aunque frágil, esperan que pueda perdurar en el tiempo; los hijos no sólo quieren que sus padres se amen, sino también que sean fieles y sigan siempre juntos. Estos y otros signos muestran que en la naturaleza misma del amor conyugal está la apertura a lo definitivo. La unión que cristaliza en la promesa matrimonial para siempre, es más que una formalidad social o una tradición, porque arraiga en las inclinaciones espontáneas de la persona humana. Y, para los creyentes, es una alianza ante Dios que reclama fidelidad: «El Señor es testigo entre tú y la esposa de tu juventud, a la que tú traicionaste, siendo que era tu compañera, la mujer de tu alianza [...] No traiciones a la esposa de tu juventud. Pues yo odio el repudio» (Mt 2,14.15-16).



124. Un amor débil o enfermo, incapaz de aceptar el matrimonio como un desafío que requiere luchar, renacer, reinventarse y empezar siempre de nuevo hasta la muerte, no puede sostener un nivel alto de compromiso. Cede a la cultura de lo provisorio, que impide un proceso constante de crecimiento. Pero «prometer un amor para siempre es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada». Que ese amor pueda atravesar todas las pruebas y mantenerse fiel en contra de todo, supone el don de la gracia que lo fortalece y lo eleva. Como decía san Roberto Belarmino: «El hecho de que uno solo se una con una sola en un lazo indisoluble, de modo que no puedan separarse, cualesquiera sean las dificultades, y aun cuando se haya perdido la esperanza de la prole, esto no puede ocurrir sin un gran misterio».

125. El matrimonio, además, es una amistad que incluye las notas propias de la pasión, pero orientada siempre a una unión cada vez más firme e intensa. Porque «no ha sido instituido solamente para la procreación» sino para que el amor mutuo «se manifieste, progrese y madure según un orden recto». Esta amistad peculiar entre un hombre y una mujer adquiere un carácter totalizante que sólo se da en la unión conyugal. Precisamente por ser totalizante, esta unión también es exclusiva, fiel y abierta a la generación. Se comparte todo, aun la sexualidad, siempre con el respeto recíproco. El Concilio Vaticano II lo expresó diciendo que «un tal amor, asociando a la vez lo humano y lo divino, lleva a los esposos a un don libre y mutuo de sí mismos, comprobado por sentimientos y actos de ternura, e impregna toda su vida».

Alegría y belleza

126. En el matrimonio conviene cuidar la alegría del amor. Cuando la búsqueda del placer es obsesiva, nos encierra en una sola cosa y nos incapacita para encontrar otro tipo de satisfacciones. La alegría, en cambio, amplía la capacidad de gozar y nos permite encontrar gusto en realidades variadas, aun en las etapas de la vida donde el placer se apaga. Por eso decía santo Tomás que se usa la palabra «alegría» para referirse a la dilatación de la amplitud del corazón. La alegría matrimonial, que puede vivirse aun en medio del dolor, implica aceptar que el matrimonio es una necesaria combinación de gozos y de esfuerzos, de tensiones y de descanso, de sufrimientos y de liberaciones, de satisfacciones y de búsquedas, de molestias y de placeres, siempre en el camino de la amistad, que mueve a los esposos a cuidarse: «se prestan mutuamente ayuda y servicio».

127. El amor de amistad se llama «caridad» cuando se capta y aprecia el «alto valor» que tiene el otro. La belleza —el «alto valor» del otro, que no coincide con sus atractivos físicos o psicológicos— nos permite gustar lo sagrado de su persona, sin la imperiosa necesidad de poseerlo. En la sociedad de consumo el sentido estético se empobrece, y así se apaga la alegría. Todo está para ser comprado, poseído o consumido; también las personas. La ternura, en cambio, es una manifestación de este amor que se libera del deseo de la posesión egoísta. Nos lleva a vibrar ante una persona con un inmenso respeto y con un cierto temor de hacerle daño o de quitarle su libertad. El amor al otro implica ese gusto de contemplar y valorar lo bello y sagrado de su ser personal, que existe más allá de mis necesidades. Esto me permite buscar su bien también cuando sé que no puede ser mío o cuando se ha vuelto físicamente desagradable, agresivo o molesto. Por eso, «del amor por el cual a uno le es grata otra persona depende que le dé algo gratis».



128. La experiencia estética del amor se expresa en esa mirada que contempla al otro como un fin en sí mismo, aunque esté enfermo, viejo o privado de atractivos sensibles. La mirada que valora tiene una enorme importancia, y retacearla suele hacer daño. ¡Cuántas cosas hacen a veces los cónyuges y los hijos para ser mirados y tenidos en cuenta! Muchas heridas y crisis se originan cuando dejamos de contemplarnos. Eso es lo que expresan algunas quejas y reclamos que se escuchan en las familias: «Mi esposo no me mira, para él parece que soy invisible». «Por favor, mírame cuando te hablo». «Mi esposa ya no me mira, ahora sólo tiene ojos para sus hijos». «En mi casa yo no le importo a nadie, y ni siquiera me ven, como si no existiera». El amor abre los ojos y permite ver, más allá de todo, cuánto vale un ser humano.

129. La alegría de ese amor contemplativo tiene que ser cultivada. Puesto que estamos hechos para amar, sabemos que no hay mayor alegría que un bien compartido: «Da y recibe, disfruta de ello» (Si 14,16). Las alegrías más intensas de la vida brotan cuando se puede provocar la felicidad de los demás, en un anticipo del cielo. Cabe recordar la feliz escena del film *La fiesta de Babette*, donde la generosa cocinera recibe un abrazo agradecido y un elogio: «¡Cómo deleitarás a los ángeles!». Es dulce y reconfortante la alegría de provocar deleite en los demás, de verlos disfrutar. Ese gozo, efecto del amor fraterno, no es el de la vanidad de quien se mira a sí mismo, sino el del amante que se complace en el bien del ser amado, que se derrama en el otro y se vuelve fecundo en él.

130. Por otra parte, la alegría se renueva en el dolor. Como decía san Agustín: «Cuanto mayor fue el peligro en la batalla, tanto mayor es el gozo en el triunfo». Después de haber sufrido y luchado juntos, los cónyuges pueden experimentar que valió la pena, porque consiguieron algo bueno, aprendieron algo juntos, o porque pueden valorar más lo que tienen. Pocas alegrías humanas son tan hondas y festivas como cuando dos personas que se aman han conquistado juntos algo que les costó un gran esfuerzo compartido.

Casarse por amor

131. Quiero decir a los jóvenes que nada de todo esto se ve perjudicado cuando el amor asume el cauce de la institución matrimonial. La unión encuentra en esa institución el modo de encauzar su estabilidad y su crecimiento real y concreto. Es verdad que el amor es mucho más que un consentimiento externo o que una especie de contrato matrimonial, pero también es cierto que la decisión de dar al matrimonio una configuración visible en la sociedad, con unos determinados compromisos, manifiesta su relevancia: muestra la seriedad de la identificación con el otro, indica una superación del individualismo adolescente, y expresa la firme opción de pertenecerse el uno al otro. Casarse es un modo de expresar que realmente se ha abandonado el nido materno para tejer otros lazos fuertes y asumir una nueva responsabilidad ante otra persona. Esto vale mucho más que una mera asociación espontánea para la gratificación mutua, que sería una privatización del matrimonio. El matrimonio como institución social es protección y cauce para el compromiso mutuo, para la maduración del amor, para que la opción por el otro crezca en solidez, concretización y profundidad, y a su vez para que pueda cumplir su misión en la sociedad. Por eso, el matrimonio va más allá de toda moda pasajera y persiste. Su esencia está arraigada en la naturaleza misma de la persona humana y de su carácter social. Implica una serie de obligaciones, pero que brotan del mismo amor, de un amor tan decidido y generoso que es capaz de arriesgar el futuro.



132. Optar por el matrimonio de esta manera, expresa la decisión real y efectiva de convertir dos caminos en un único camino, pase lo que pase y a pesar de cualquier desafío. Por la seriedad que tiene este compromiso público de amor, no puede ser una decisión apresurada, pero por esa misma razón tampoco se la puede postergar indefinidamente. Comprometerse con otro de un modo exclusivo y definitivo siempre tiene una cuota de riesgo y de osada apuesta. El rechazo de asumir este compromiso es egoísta, interesado, mezquino, no acaba de reconocer los derechos del otro y no termina de presentarlo a la sociedad como digno de ser amado incondicionalmente. Por otro lado, quienes están verdaderamente enamorados tienden a manifestar a los otros su amor. El amor concretizado en un matrimonio contraído ante los demás, con todos los compromisos que se derivan de esta institucionalización, es manifestación y resguardo de un «sí» que se da sin reservas y sin restricciones. Ese sí es decirle al otro que siempre podrá confiar, que no será abandonado cuando pierda atractivo, cuando haya dificultades o cuando se ofrezcan nuevas opciones de placer o de intereses egoístas.

Amor que se manifiesta y crece

133. El amor de amistad unifica todos los aspectos de la vida matrimonial, y ayuda a los miembros de la familia a seguir adelante en todas las etapas. Por eso, los gestos que expresan ese amor deben ser constantemente cultivados, sin mezquindad, llenos de palabras generosas. En la familia «es necesario usar tres palabras. Quisiera repetirlo. Tres palabras: permiso, gracias, perdón. ¡Tres palabras clave!». «Cuando en una familia no se es entrometido y se pide “permiso”, cuando en una familia no se es egoísta y se aprende a decir “gracias”, y cuando en una familia uno se da cuenta que hizo algo malo y sabe pedir “perdón”, en esa familia hay paz y hay alegría». No seamos mezquinos en el uso de estas palabras, seamos generosos para repetirlas día a día, porque «algunos silencios pesan, a veces incluso en la familia, entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre hermanos». En cambio, las palabras adecuadas, dichas en el momento justo, protegen y alimentan el amor día tras día.

134. Todo esto se realiza en un camino de permanente crecimiento. Esta forma tan particular de amor que es el matrimonio, está llamada a una constante maduración, porque hay que aplicarle siempre aquello que santo Tomás de Aquino decía de la caridad: «La caridad, en razón de su naturaleza, no tiene límite de aumento, ya que es una participación de la infinita caridad, que es el Espíritu Santo [...] Tampoco por parte del sujeto se le puede prefijar un límite, porque al crecer la caridad, sobrecrece también la capacidad para un aumento superior». San Pablo exhortaba con fuerza: «Que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros» (1 Ts 3,12); y añade: «En cuanto al amor mutuo [...] os exhortamos, hermanos, a que sigáis progresando más y más» (1 Ts 4,9-10). Más y más. El amor matrimonial no se cuida ante todo hablando de la indisolubilidad como una obligación, o repitiendo una doctrina, sino afianzándolo gracias a un crecimiento constante bajo el impulso de la gracia. El amor que no crece comienza a correr riesgos, y sólo podemos crecer respondiendo a la gracia divina con más actos de amor, con actos de cariño más frecuentes, más intensos, más generosos, más tiernos, más alegres. El marido y la mujer «experimentando el sentido de su unidad y lográndola más plenamente cada día». El don del amor divino que se derrama en los esposos es al mismo tiempo un llamado a un constante desarrollo de ese regalo de la gracia.



135. No hacen bien algunas fantasías sobre un amor idílico y perfecto, privado así de todo estímulo para crecer. Una idea celestial del amor terreno olvida que lo mejor es lo que todavía no ha sido alcanzado, el vino madurado con el tiempo. Como recordaron los Obispos de Chile, «no existen las familias perfectas que nos propone la propaganda falaz y consumista. En ellas no pasan los años, no existe la enfermedad, el dolor ni la muerte [...] La propaganda consumista muestra una fantasía que nada tiene que ver con la realidad que deben afrontar, en el día a día, los jefes y jefas de hogar». Es más sano aceptar con realismo los límites, los desafíos o la imperfección, y escuchar el llamado a crecer juntos, a madurar el amor y a cultivar la solidez de la unión, pase lo que pase.

Diálogo

136. El diálogo es una forma privilegiada e indispensable de vivir, expresar y madurar el amor en la vida matrimonial y familiar. Pero supone un largo y esforzado aprendizaje. Varones y mujeres, adultos y jóvenes, tienen maneras distintas de comunicarse, usan un lenguaje diferente, se mueven con otros códigos. El modo de preguntar, la forma de responder, el tono utilizado, el momento y muchos factores más, pueden condicionar la comunicación. Además, siempre es necesario desarrollar algunas actitudes que son expresión de amor y hacen posible el diálogo auténtico.

137. Darse tiempo, tiempo de calidad, que consiste en escuchar con paciencia y atención, hasta que el otro haya expresado todo lo que necesitaba. Esto requiere la ascesis de no empezar a hablar antes del momento adecuado. En lugar de comenzar a dar opiniones o consejos, hay que asegurarse de haber escuchado todo lo que el otro necesita decir. Esto implica hacer un silencio interior para escuchar sin ruidos en el corazón o en la mente: despojarse de toda prisa, dejar a un lado las propias necesidades y urgencias, hacer espacio. Muchas veces uno de los cónyuges no necesita una solución a sus problemas, sino ser escuchado. Tiene que sentir que se ha percibido su pena, su desilusión, su miedo, su ira, su esperanza, su sueño. Pero son frecuentes lamentos como estos: «No me escucha. Cuando parece que lo está haciendo, en realidad está pensando en otra cosa». «Hablo y siento que está esperando que termine de una vez». «Cuando hablo intenta cambiar de tema, o me da respuestas rápidas para cerrar la conversación».

138. Desarrollar el hábito de dar importancia real al otro. Se trata de valorar su persona, de reconocer que tiene derecho a existir, a pensar de manera autónoma y a ser feliz. Nunca hay que restarle importancia a lo que diga o reclame, aunque sea necesario expresar el propio punto de vista. Subyace aquí la convicción de que todos tienen algo que aportar, porque tienen otra experiencia de la vida, porque miran desde otro punto de vista, porque han desarrollado otras preocupaciones y tienen otras habilidades e intuiciones. Es posible reconocer la verdad del otro, el valor de sus preocupaciones más hondas y el trasfondo de lo que dice, incluso detrás de palabras agresivas. Para ello hay que tratar de ponerse en su lugar e interpretar el fondo de su corazón, detectar lo que le apasiona, y tomar esa pasión como punto de partida para profundizar en el diálogo.

139. Amplitud mental, para no encerrarse con obsesión en unas pocas ideas, y flexibilidad para poder modificar o completar las propias opiniones. Es posible que, de mi pensamiento y del pensamiento del otro pueda surgir una nueva síntesis que nos enriquezca a los dos. La unidad a la que hay que aspirar no es uniformidad, sino una «unidad en la diversidad», o



una «diversidad reconciliada». En ese estilo enriquecedor de comunión fraterna, los diferentes se encuentran, se respetan y se valoran, pero manteniendo diversos matices y acentos que enriquecen el bien común. Hace falta liberarse de la obligación de ser iguales. También se necesita astucia para advertir a tiempo las «interferencias» que puedan aparecer, de manera que no destruyan un proceso de diálogo. Por ejemplo, reconocer los malos sentimientos que vayan surgiendo y relativizarlos para que no perjudiquen la comunicación. Es importante la capacidad de expresar lo que uno siente sin lastimar; utilizar un lenguaje y un modo de hablar que pueda ser más fácilmente aceptado o tolerado por el otro, aunque el contenido sea exigente; plantear los propios reclamos pero sin descargar la ira como forma de venganza, y evitar un lenguaje moralizante que sólo busque agredir, ironizar, culpar, herir. Muchas discusiones en la pareja no son por cuestiones muy graves. A veces se trata de cosas pequeñas, poco trascendentes, pero lo que altera los ánimos es el modo de decirlas o la actitud que se asume en el diálogo.

140. Tener gestos de preocupación por el otro y demostraciones de afecto. El amor supera las peores barreras. Cuando se puede amar a alguien, o cuando nos sentimos amados por él, logramos entender mejor lo que quiere expresar y hacernos entender. Superar la fragilidad que nos lleva a tenerle miedo al otro, como si fuera un «competidor». Es muy importante fundar la propia seguridad en opciones profundas, convicciones o valores, y no en ganar una discusión o en que nos den la razón.

141. Finalmente, reconozcamos que para que el diálogo valga la pena hay que tener algo que decir, y eso requiere una riqueza interior que se alimenta en la lectura, la reflexión personal, la oración y la apertura a la sociedad. De otro modo, las conversaciones se vuelven aburridas e inconsistentes. Cuando ninguno de los cónyuges se cultiva y no existe una variedad de relaciones con otras personas, la vida familiar se vuelve endogámica y el diálogo se empobrece.

Amor apasionado

142. El Concilio Vaticano II enseña que este amor conyugal «abarca el bien de toda la persona, y, por tanto, puede enriquecer con una dignidad peculiar las expresiones del cuerpo y del espíritu, y ennoblecerlas como signos especiales de la amistad conyugal». Por algo será que un amor sin placer ni pasión no es suficiente para simbolizar la unión del corazón humano con Dios: «Todos los místicos han afirmado que el amor sobrenatural y el amor celeste encuentran los símbolos que buscan en el amor matrimonial, más que en la amistad, más que en el sentimiento filial o en la dedicación a una causa. Y el motivo está justamente en su totalidad». ¿Por qué entonces no detenernos a hablar de los sentimientos y de la sexualidad en el matrimonio?

El mundo de las emociones

143. Deseos, sentimientos, emociones, eso que los clásicos llamaban «pasiones», tienen un lugar importante en el matrimonio. Se producen cuando «otro» se hace presente y se manifiesta en la propia vida. Es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, y esta tendencia tiene siempre señales afectivas básicas: el placer o el dolor, la alegría o la pena, la ternura o el temor. Son el presupuesto de la actividad psicológica más elemental. El ser humano es un viviente de esta tierra, y todo lo que hace y busca está cargado de pasiones.



144. Jesús, como verdadero hombre, vivía las cosas con una carga de emotividad. Por eso le dolía el rechazo de Jerusalén (cf. *Mt* 23,37), y esta situación le arrancaba lágrimas (cf. *Lc* 19,41). También se compadecía ante el sufrimiento de la gente (cf. *Mc* 6,34). Viendo llorar a los demás, se conmovía y se turbaba (cf. *Jn* 11,33), y él mismo lloraba la muerte de un amigo (cf. *Jn* 11,35). Estas manifestaciones de su sensibilidad mostraban hasta qué punto su corazón humano estaba abierto a los demás.

145. Experimentar una emoción no es algo moralmente bueno ni malo en sí mismo. Comenzar a sentir deseo o rechazo no es pecaminoso ni reprochable. Lo que es bueno o malo es el acto que uno realice movido o acompañado por una pasión. Pero si los sentimientos son promovidos, buscados y, a causa de ellos, cometemos malas acciones, el mal está en la decisión de alimentarlos y en los actos malos que se sigan. En la misma línea, sentir gusto por alguien no significa de por sí que sea un bien. Si con ese gusto yo busco que esa persona se convierta en mi esclava, el sentimiento estará al servicio de mi egoísmo. Creer que somos buenos sólo porque «sentimos cosas» es un tremendo engaño. Hay personas que se sienten capaces de un gran amor sólo porque tienen una gran necesidad de afecto, pero no saben luchar por la felicidad de los demás y viven encerrados en sus propios deseos. En ese caso, los sentimientos distraen de los grandes valores y ocultan un egocentrismo que no hace posible cultivar una vida sana y feliz en familia.

146. Por otra parte, si una pasión acompaña al acto libre, puede manifestar la profundidad de esa opción. El amor matrimonial lleva a procurar que toda la vida emotiva se convierta en un bien para la familia y esté al servicio de la vida en común. La madurez llega a una familia cuando la vida emotiva de sus miembros se transforma en una sensibilidad que no domina ni oscurece las grandes opciones y los valores sino que sigue a su libertad, brota de ella, la enriquece, la embellece y la hace más armoniosa para bien de todos.

Dios ama el gozo de sus hijos

147. Esto requiere un camino pedagógico, un proceso que incluye renunciaciones. Es una convicción de la Iglesia que muchas veces ha sido rechazada, como si fuera enemiga de la felicidad humana. Benedicto XVI recogía este cuestionamiento con gran claridad: «La Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace pregustar algo de lo divino?». Pero él respondía que, si bien no han faltado exageraciones o ascetismos desviados en el cristianismo, la enseñanza oficial de la Iglesia, fiel a las Escrituras, no rechazó «el eros como tal, sino que declaró guerra a su desviación destructora, puesto que la falsa divinización del eros [...] lo priva de su dignidad divina y lo deshumaniza».

148. La educación de la emotividad y del instinto es necesaria, y para ello a veces es indispensable ponerse algún límite. El exceso, el descontrol, la obsesión por un solo tipo de placeres, terminan por debilitar y enfermar al placer mismo, y dañan la vida de la familia. De verdad se puede hacer un hermoso camino con las pasiones, lo cual significa orientarlas cada vez más en un proyecto de autodonación y de plena realización de sí mismo, que enriquece las relaciones interpersonales en el seno familiar. No implica renunciar a instantes de intenso gozo, sino asumirlos como entretejidos con otros momentos de entrega



generosa, de espera paciente, de cansancio inevitable, de esfuerzo por un ideal. La vida en familia es todo eso y merece ser vivida entera.

149. Algunas corrientes espirituales insisten en eliminar el deseo para liberarse del dolor. Pero nosotros creemos que Dios ama el gozo del ser humano, que él creó todo «para que lo disfrutemos» (1 Tm 6,17). Dejemos brotar la alegría ante su ternura cuando nos propone: «Hijo, trátate bien [...] No te prives de pasar un día feliz» (Sf 14,11.14). Un matrimonio también responde a la voluntad de Dios siguiendo esta invitación bíblica: «Alégrate en el día feliz» (Qo 7,14). La cuestión es tener la libertad para aceptar que el placer encuentre otras formas de expresión en los distintos momentos de la vida, de acuerdo con las necesidades del amor mutuo. En ese sentido, se puede acoger la propuesta de algunos maestros orientales que insisten en ampliar la consciencia, para no quedar presos en una experiencia muy limitada que nos cierre las perspectivas. Esa ampliación de la consciencia no es la negación o destrucción del deseo sino su dilatación y su perfeccionamiento.

Dimensión erótica del amor

150. Todo esto nos lleva a hablar de la vida sexual del matrimonio. Dios mismo creó la sexualidad, que es un regalo maravilloso para sus creaturas. Cuando se la cultiva y se evita su descontrol, es para impedir que se produzca el «empobrecimiento de un valor auténtico». San Juan Pablo II rechazó que la enseñanza de la Iglesia lleve a «una negación del valor del sexo humano», o que simplemente lo tolere «por la necesidad misma de la procreación». La necesidad sexual de los esposos no es objeto de menosprecio, y «no se trata en modo alguno de poner en cuestión esa necesidad».

151. A quienes temen que en la educación de las pasiones y de la sexualidad se perjudique la espontaneidad del amor sexuado, san Juan Pablo II les respondía que el ser humano «está llamado a la plena y madura espontaneidad de las relaciones», que «es el fruto gradual del discernimiento de los impulsos del propio corazón». Es algo que se conquista, ya que todo ser humano «debe aprender con perseverancia y coherencia lo que es el significado del cuerpo». La sexualidad no es un recurso para gratificar o entretener, ya que es un lenguaje interpersonal donde el otro es tomado en serio, con su sagrado e inviolable valor. Así, «el corazón humano se hace partícipe, por decirlo así, de otra espontaneidad». En este contexto, el erotismo aparece como manifestación específicamente humana de la sexualidad. En él se puede encontrar «el significado esponsalicio del cuerpo y la auténtica dignidad del don». En sus catequesis sobre la teología del cuerpo humano, enseñó que la corporeidad sexuada «es no sólo fuente de fecundidad y procreación», sino que posee «la capacidad de expresar el amor: ese amor precisamente en el que el hombre-persona se convierte en don». El más sano erotismo, si bien está unido a una búsqueda de placer, supone la admiración, y por eso puede humanizar los impulsos.

152. Entonces, de ninguna manera podemos entender la dimensión erótica del amor como un mal permitido o como un peso a tolerar por el bien de la familia, sino como don de Dios que embellece el encuentro de los esposos. Siendo una pasión sublimada por un amor que admira la dignidad del otro, llega a ser una «plena y límpida afirmación amorosa», que nos muestra de qué maravillas es capaz el corazón humano y así, por un momento, «se siente que la existencia humana ha sido un éxito».



Violencia y manipulación

153. Dentro del contexto de esta visión positiva de la sexualidad, es oportuno plantear el tema en su integridad y con un sano realismo. Porque no podemos ignorar que muchas veces la sexualidad se despersonaliza y también se llena de patologías, de tal modo que «pasa a ser cada vez más ocasión e instrumento de afirmación del propio yo y de satisfacción egoísta de los propios deseos e instintos». En esta época se vuelve muy riesgoso que la sexualidad también sea poseída por el espíritu venenoso del «usa y tira». El cuerpo del otro es con frecuencia manipulado, como una cosa que se retiene mientras brinda satisfacción y se desprecia cuando pierde atractivo. ¿Acaso se pueden ignorar o disimular las constantes formas de dominio, prepotencia, abuso, perversión y violencia sexual, que son producto de una desviación del significado de la sexualidad y que sepultan la dignidad de los demás y el llamado al amor debajo de una oscura búsqueda de sí mismo?

154. No está de más recordar que, aun dentro del matrimonio, la sexualidad puede convertirse en fuente de sufrimiento y de manipulación. Por eso tenemos que reafirmar con claridad que «un acto conyugal impuesto al cónyuge sin considerar su situación actual y sus legítimos deseos, no es un verdadero acto de amor; y prescinde por tanto de una exigencia del recto orden moral en las relaciones entre los esposos». Los actos propios de la unión sexual de los cónyuges responden a la naturaleza de la sexualidad querida por Dios si son vividos «de modo verdaderamente humano». Por eso, san Pablo exhortaba: «Que nadie falte a su hermano ni se aproveche de él» (1 Ts 4,6). Si bien él escribía en una época en que dominaba una cultura patriarcal, donde la mujer se consideraba un ser completamente subordinado al varón, sin embargo enseñó que la sexualidad debe ser una cuestión de conversación entre los cónyuges: planteó la posibilidad de postergar las relaciones sexuales por un tiempo, pero «de común acuerdo» (1 Co 7,5).

155. San Juan Pablo II hizo una advertencia muy sutil cuando dijo que el hombre y la mujer están «amenazados por la insaciabilidad». Es decir, están llamados a una unión cada vez más intensa, pero el riesgo está en pretender borrar las diferencias y esa distancia inevitable que hay entre los dos. Porque cada uno posee una dignidad propia e intransferible. Cuando la preciosa pertenencia recíproca se convierte en un dominio, «cambia esencialmente la estructura de comunión en la relación interpersonal». En la lógica del dominio, el dominador también termina negando su propia dignidad, y en definitiva deja «de identificarse subjetivamente con el propio cuerpo», ya que le quita todo significado. Vive el sexo como evasión de sí mismo y como renuncia a la belleza de la unión.

156. Es importante ser claros en el rechazo de toda forma de sometimiento sexual. Por ello conviene evitar toda interpretación inadecuada del texto de la carta a los Efesios donde se pide que «las mujeres estén sujetas a sus maridos» (Ef 5,22). San Pablo se expresa aquí en categorías culturales propias de aquella época, pero nosotros no debemos asumir ese ropaje cultural, sino el mensaje revelado que subyace en el conjunto de la perícopa. Retomemos la sabia explicación de san Juan Pablo II: «El amor excluye todo género de sumisión, en virtud de la cual la mujer se convertiría en sierva o esclava del marido [...] La comunidad o unidad que deben formar por el matrimonio se realiza a través de una recíproca donación, que es también una mutua sumisión». Por eso se dice también que «los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos» (Ef 5,28). En realidad el texto bíblico invita a superar el cómodo individualismo para vivir referidos a los demás,



«sujetos los unos a los otros» (Ef 5,21). En el matrimonio, esta recíproca «sumisión» adquiere un significado especial, y se entiende como una pertenencia mutua libremente elegida, con un conjunto de notas de fidelidad, respeto y cuidado. La sexualidad está de modo inseparable al servicio de esa amistad conyugal, porque se orienta a procurar que el otro viva en plenitud.

157. Sin embargo, el rechazo de las desviaciones de la sexualidad y del erotismo nunca debería llevarnos a su desprecio ni a su descuido. El ideal del matrimonio no puede configurarse sólo como una donación generosa y sacrificada, donde cada uno renuncia a toda necesidad personal y sólo se preocupa por hacer el bien al otro sin satisfacción alguna. Recordemos que un verdadero amor sabe también recibir del otro, es capaz de aceptarse vulnerable y necesitado, no renuncia a acoger con sincera y feliz gratitud las expresiones corpóreas del amor en la caricia, el abrazo, el beso y la unión sexual. Benedicto XVI era claro al respecto: «Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad». Por esta razón, «el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don». Esto supone, de todos modos, recordar que el equilibrio humano es frágil, que siempre permanece algo que se resiste a ser humanizado y que en cualquier momento puede desbocarse de nuevo, recuperando sus tendencias más primitivas y egoístas.

Matrimonio y virginidad

158. «Muchas personas que viven sin casarse, no sólo se dedican a su familia de origen, sino que a menudo cumplen grandes servicios en su círculo de amigos, en la comunidad eclesial y en la vida profesional [...] Muchos, asimismo, ponen sus talentos al servicio de la comunidad cristiana bajo la forma de la caridad y el voluntariado. Luego están los que no se casan porque consagran su vida por amor a Cristo y a los hermanos. Su dedicación enriquece extraordinariamente a la familia, en la Iglesia y en la sociedad».

159. La virginidad es una forma de amar. Como signo, nos recuerda la premura del Reino, la urgencia de entregarse al servicio evangelizador sin reservas (cf. 1 Co 7,32), y es un reflejo de la plenitud del cielo donde «ni los hombres se casarán ni las mujeres tomarán esposo» (Mt 22,30). San Pablo la recomendaba porque esperaba un pronto regreso de Jesucristo, y quería que todos se concentraran sólo en la evangelización: «El momento es apremiante» (1 Co 7,29). Sin embargo, dejaba claro que era una opinión personal o un deseo suyo (cf. 1 Co 7,6-8) y no un pedido de Cristo: «No tengo precepto del Señor» (1 Co 7,25). Al mismo tiempo, reconocía el valor de los diferentes llamados: «cada cual tiene su propio don de Dios, unos de un modo y otros de otro» (1 Co 7,7). En este sentido, san Juan Pablo II dijo que los textos bíblicos «no dan fundamento ni para sostener la “inferioridad” del matrimonio, ni la “superioridad” de la virginidad o del celibato» en razón de la abstención sexual. Más que hablar de la superioridad de la virginidad en todo sentido, parece adecuado mostrar que los distintos estados de vida se complementan, de tal manera que uno puede ser más perfecto en algún sentido y otro puede serlo desde otro punto de vista. Alejandro de Hales, por ejemplo, expresaba que, en un sentido, el matrimonio puede considerarse superior a los demás sacramentos, porque simboliza algo tan grande como «la unión de Cristo con la Iglesia o la unión de la naturaleza divina con la humana».



160. Por lo tanto, «no se trata de disminuir el valor del matrimonio en beneficio de la continencia», , y «no hay base alguna para una supuesta contraposición [...] Si, de acuerdo con una cierta tradición teológica, se habla del estado de perfección (*status perfectionis*), se hace no a causa de la continencia misma, sino con relación al conjunto de la vida fundada sobre los consejos evangélicos». Pero una persona casada puede vivir la caridad en un altísimo grado. Entonces, «llega a esa perfección que brota de la caridad, mediante la fidelidad al espíritu de esos consejos. Esta perfección es posible y accesible a cada uno de los hombres».

161. La virginidad tiene el valor simbólico del amor que no necesita poseer al otro, y refleja así la libertad del Reino de los Cielos. Es una invitación a los esposos para que vivan su amor conyugal en la perspectiva del amor definitivo a Cristo, como un camino común hacia la plenitud del Reino. A su vez, el amor de los esposos tiene otros valores simbólicos: por una parte, es un peculiar reflejo de la Trinidad. La Trinidad es unidad plena, pero en la cual existe también la distinción. Además, la familia es un signo cristológico, porque manifiesta la cercanía de Dios que comparte la vida del ser humano uniéndose a él en la Encarnación, en la Cruz y en la Resurrección: cada cónyuge se hace «una sola carne» con el otro y se ofrece a sí mismo para compartirlo todo con él hasta el fin. Mientras la virginidad es un signo «escatológico» de Cristo resucitado, el matrimonio es un signo «histórico» para los que caminamos en la tierra, un signo del Cristo terreno que aceptó unirse a nosotros y se entregó hasta darnos su sangre. La virginidad y el matrimonio son, y deben ser, formas diferentes de amar, porque «el hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor».

162. El celibato corre el peligro de ser una cómoda soledad, que da libertad para moverse con autonomía, para cambiar de lugares, de tareas y de opciones, para disponer del propio dinero, para frecuentar personas diversas según la atracción del momento. En ese caso, resplandece el testimonio de las personas casadas. Quienes han sido llamados a la virginidad pueden encontrar en algunos matrimonios un signo claro de la generosa e inquebrantable fidelidad de Dios a su Alianza, que estimule sus corazones a una disponibilidad más concreta y oblativa. Porque hay personas casadas que mantienen su fidelidad cuando su cónyuge se ha vuelto físicamente desagradable, o cuando no satisface las propias necesidades, a pesar de que muchas ofertas inviten a la infidelidad o al abandono. Una mujer puede cuidar a su esposo enfermo y allí, junto a la Cruz, vuelve a dar el «sí» de su amor hasta la muerte. En ese amor se manifiesta de un modo deslumbrante la dignidad del amante, dignidad como reflejo de la caridad, puesto que es propio de la caridad amar, más que ser amado. También podemos advertir en muchas familias una capacidad de servicio oblativo y tierno ante hijos difíciles e incluso desagradecidos. Esto hace de esos padres un signo del amor libre y desinteresado de Jesús. Todo esto se convierte en una invitación a las personas célibes para que vivan su entrega por el Reino con mayor generosidad y disponibilidad. Hoy, la secularización ha desdibujado el valor de una unión para toda la vida y ha debilitado la riqueza de la entrega matrimonial, por lo cual «es preciso profundizar en los aspectos positivos del amor conyugal».

La transformación del amor

163. La prolongación de la vida hace que se produzca algo que no era común en otros tiempos: la relación íntima y la pertenencia mutua deben conservarse por cuatro, cinco o



seis décadas, y esto se convierte en una necesidad de volver a elegirse una y otra vez. Quizás el cónyuge ya no está apasionado por un deseo sexual intenso que le mueva hacia la otra persona, pero siente el placer de pertenecerle y que le pertenezca, de saber que no está solo, de tener un «cómplice», que conoce todo de su vida y de su historia y que comparte todo. Es el compañero en el camino de la vida con quien se pueden enfrentar las dificultades y disfrutar las cosas lindas. Eso también produce una satisfacción que acompaña al querer propio del amor conyugal. No podemos prometernos tener los mismos sentimientos durante toda la vida. En cambio, sí podemos tener un proyecto común estable, comprometernos a amarnos y a vivir unidos hasta que la muerte nos separe, y vivir siempre una rica intimidad. El amor que nos prometemos supera toda emoción, sentimiento o estado de ánimo, aunque pueda incluirlos. Es un querer más hondo, con una decisión del corazón que involucra toda la existencia. Así, en medio de un conflicto no resuelto, y aunque muchos sentimientos confusos den vueltas por el corazón, se mantiene viva cada día la decisión de amar, de pertenecerse, de compartir la vida entera y de permanecer amando y perdonando. Cada uno de los dos hace un camino de crecimiento y de cambio personal. En medio de ese camino, el amor celebra cada paso y cada nueva etapa.

164. En la historia de un matrimonio, la apariencia física cambia, pero esto no es razón para que la atracción amorosa se debilite. Alguien se enamora de una persona entera con una identidad propia, no sólo de un cuerpo, aunque ese cuerpo, más allá del desgaste del tiempo, nunca deje de expresar de algún modo esa identidad personal que ha cautivado el corazón. Cuando los demás ya no puedan reconocer la belleza de esa identidad, el cónyuge enamorado sigue siendo capaz de percibirla con el instinto del amor, y el cariño no desaparece. Reafirma su decisión de pertenecerle, la vuelve a elegir, y expresa esa elección en una cercanía fiel y cargada de ternura. La nobleza de su opción por ella, por ser intensa y profunda, despierta una forma nueva de emoción en el cumplimiento de esa misión conyugal. Porque «la emoción provocada por otro ser humano como persona [...] no tiende de por sí al acto conyugal». Adquiere otras expresiones sensibles, porque el amor «es una única realidad, si bien con diversas dimensiones; según los casos, una u otra puede destacar más». El vínculo encuentra nuevas modalidades y exige la decisión de volver a amarlo una y otra vez. Pero no sólo para conservarlo, sino para desarrollarlo. Es el camino de construirse día a día. Pero nada de esto es posible si no se invoca al Espíritu Santo, si no se clama cada día pidiendo su gracia, si no se busca su fuerza sobrenatural, si no se le reclama con deseo que derrame su fuego sobre nuestro amor para fortalecerlo, orientarlo y transformarlo en cada nueva situación.

3. Amoris Laetitia 263-267

Formación ética de los hijos

263. Aunque los padres necesitan de la escuela para asegurar una instrucción básica de sus hijos, nunca pueden delegar completamente su formación moral. El desarrollo afectivo y ético de una persona requiere de una experiencia fundamental: creer que los propios padres son dignos de confianza. Esto constituye una responsabilidad educativa: generar confianza en los hijos con el afecto y el testimonio, inspirar en ellos un amoroso respeto. Cuando un hijo ya no siente que es valioso para sus padres, aunque sea imperfecto, o no percibe que ellos tienen una preocupación sincera por él, eso crea heridas profundas que



originan muchas dificultades en su maduración. Esa ausencia, ese abandono afectivo, provoca un dolor más íntimo que una eventual corrección que reciba por una mala acción.

264. La tarea de los padres incluye una educación de la voluntad y un desarrollo de hábitos buenos e inclinaciones afectivas a favor del bien. Esto implica que se presenten como deseables comportamientos a aprender e inclinaciones a desarrollar. Pero siempre se trata de un proceso que va de lo imperfecto a lo más pleno. El deseo de adaptarse a la sociedad, o el hábito de renunciar a una satisfacción inmediata para adaptarse a una norma y asegurarse una buena convivencia, es ya en sí mismo un valor inicial que crea disposiciones para trascender luego hacia valores más altos. La formación moral debería realizarse siempre con métodos activos y con un diálogo educativo que incorpore la sensibilidad y el lenguaje propio de los hijos. Además, esta formación debe realizarse de modo inductivo, de tal manera que el hijo pueda llegar a descubrir por sí mismo la importancia de determinados valores, principios y normas, en lugar de imponérselos como verdades irrefutables.

265. Para obrar bien no basta «juzgar adecuadamente» o saber con claridad qué se debe hacer —aunque esto sea prioritario—. Muchas veces somos incoherentes con nuestras propias convicciones, aun cuando sean sólidas. Por más que la conciencia nos dicte determinado juicio moral, en ocasiones tienen más poder otras cosas que nos atraen, si no hemos logrado que el bien captado por la mente se arraigue en nosotros como profunda inclinación afectiva, como un gusto por el bien que pese más que otros atractivos, y que nos lleve a percibir que eso que captamos como bueno lo es también «para nosotros» aquí y ahora. Una formación ética eficaz implica mostrarle a la persona hasta qué punto le conviene a ella misma obrar bien. Hoy suele ser ineficaz pedir algo que exige esfuerzo y renunciaciones, sin mostrar claramente el bien que se puede alcanzar con eso.

266. Es necesario desarrollar hábitos. También las costumbres adquiridas desde niños tienen una función positiva, ayudando a que los grandes valores interiorizados se traduzcan en comportamientos externos sanos y estables. Alguien puede tener sentimientos sociables y una buena disposición hacia los demás, pero si durante mucho tiempo no se ha habituado por la insistencia de los mayores a decir «por favor», «permiso», «gracias», su buena disposición interior no se traducirá fácilmente en estas expresiones. El fortalecimiento de la voluntad y la repetición de determinadas acciones construyen la conducta moral, y sin la repetición consciente, libre y valorada de determinados comportamientos buenos no se termina de educar dicha conducta. Las motivaciones, o el atractivo que sentimos hacia determinado valor, no se convierten en una virtud sin esos actos adecuadamente motivados.

267. La libertad es algo grandioso, pero podemos echarla a perder. La educación moral es un cultivo de la libertad a través de propuestas, motivaciones, aplicaciones prácticas, estímulos, premios, ejemplos, modelos, símbolos, reflexiones, exhortaciones, revisiones del modo de actuar y diálogos que ayuden a las personas a desarrollar esos principios interiores estables que mueven a obrar espontáneamente el bien. La virtud es una convicción que se ha transformado en un principio interno y estable del obrar. La vida virtuosa, por lo tanto, construye la libertad, la fortalece y la educa, evitando que la persona se vuelva esclava de inclinaciones compulsivas deshumanizantes y antisociales. Porque la misma dignidad humana exige que cada uno «actúe según una elección consciente y libre, es decir, movido e inducido personalmente desde dentro».



Conferencia (CEM)

4. Conferencia del Episcopado Mexicano (CEM)- Educar para una nueva sociedad 49-63.

Educados para amar

49. El amor es el origen, el medio de realización y el destino último de todo ser humano. La vida afectiva es una dimensión constitutiva de la persona humana. También ella es una capacidad que permite que descubramos la realidad. Cuando la razón está acompañada del corazón, es decir, del núcleo afectivo de la persona, la verdad que se descubre adquiere una intensidad existencial mayor. La experiencia del amor es otra de las dimensiones de la trascendencia del hombre: no solo es apertura hacia los demás, sino búsqueda incesante de Dios: “Nos hiciste para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti”, expresaba San Agustín. Educados para amar significa en primer lugar superar el egoísmo que nos limita el horizonte de nuestra realización.

- Para que nuestras capacidades afectivas colaboren al desarrollo de nuestra humanidad es necesario que sean educadas a través de la vivencia de virtudes y de experiencias significativas que las conmuevan.
- En este campo, también las experiencias estéticas colocan a las personas en contacto con la belleza de la naturaleza o la belleza creada por el ser humano a través del arte. Los afectos pueden ordenarse a través de la belleza cuando esta última se presenta como camino para descubrir el misterio de la realidad.
- La belleza es el esplendor de la verdad y del orden. Necesitamos recuperar su auténtico sentido para que las nuevas generaciones, particularmente ávidas de belleza, puedan vivir más plenamente su propia humanidad.

Educados para la apertura a los demás y la solidaridad

50. La persona no solo se forma en medio de una comunidad desde la propia familia y en el contexto comunitario al que pertenece, sino que –también– aprende las actitudes de convivencia en el respeto y aceptación de los demás. Más aún, es en relación con los demás que adquiere su madurez y su sentido. Uno de los principales valores que conlleva la experiencia comunitaria y social es el de la solidaridad. “Se trata de la consecuencia de la realidad familiar fundada en el amor: naciendo del amor y creciendo en él, la solidaridad pertenece a la familia como elemento constitutivo y estructural.” Desde la experiencia de una familia que asume el rostro de servicio a las distintas realidades de la persona, ya sea en sus necesidades básicas de alimentación y bienestar hasta las más fundamentales como el amor o la aceptación, la persona aprende el principio de la interdependencia entre los hombres en todos los niveles.

La solidaridad es una verdadera virtud moral, no solo un sentimiento superficial, “es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos.”
Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, n. 246.

La educación nos prepara para descubrir el significado último de la vida



51. La educación nos permite tener la oportunidad de cultivar nuestra razón y realizar preguntas que indaguen el significado más profundo de la realidad. Muchas de esas preguntas –y sus respuestas– conducen a la construcción de las diferentes ciencias. Sin embargo, el más profundo cuestionamiento que habita en el corazón humano es el referente al significado último de la vida:

- ¿Cuál es el destino final para el que fui creado?
- ¿Qué explica todo lo que sucede?
- ¿Todas mis aspiraciones son absurdas o existen respuestas reales a las exigencias de mi corazón?

Precisamente estas cuestiones deben de plantearse en todo camino educativo. Tomando en cuenta la edad y la formación previa de las personas, no deben omitirse. Censurar estas cuestiones o considerarlas ajenas a la educación **frustra enormemente el dinamismo más profundo que habita en el ser humano y que lo conduce a buscar a Dios.**

Toda persona busca a Dios, aún sin saberlo. Una educación integral ofrece razones para la búsqueda sincera y muestra evidencias en la propia experiencia que conducen a encontrar de modo personal la respuesta a esta importantísima cuestión.

Educados para la trascendencia.

52. La enorme riqueza de la cultura contemporánea fincada en la comunicación y en el intercambio a nivel global, a través de los más variados recursos tecnológicos de la comunicación, ha configurado un nuevo rostro a la dinámica social de nuestro tiempo. **Los jóvenes de nuestros días logran tener una identificación inmediata** en determinados campos de expresión ya sea en el deporte, la música o los espectáculos artísticos en general, igualmente en las tendencias que marcan las modas y las costumbres más diversas.

Junto a esta connotación de aspectos secundarios de las actitudes sociales, también se han dado tendencias para cambiar los paradigmas tradicionales sobre el sentido de experiencias básicas de la vida y las actitudes humanas, incidiendo de manera específica en la valoración de la sexualidad, el matrimonio, la familia, y las asociaciones que orientan la vida social y política de las comunidades. Uno de los aspectos relevantes de esta transformación de paradigmas es la importancia que ha adquirido un cierto cientificismo que busca definir las cuestiones humanas desde un punto de vista empírico-descriptivo, en detrimento de criterios religiosos o morales de cualquier índole. Es evidente que en este escenario las expresiones culturales han quedado muy debilitadas en su dimensión ética, religiosa y trascendente. Estamos convencidos que se ha dado un falso debate entre la ciencia y la fe, entre la razón y la religión. Ambas, son esferas distintas para llegar a la misma meta. Más aún, se necesitan mutuamente en el camino hacia el conocimiento de la realidad, “son como dos alas” que permiten “elevar el espíritu humano...”

El hombre puede abarcar un amplio conocimiento de la realidad material a través del conocimiento científico-experimental, pero hay un aspecto distinto de su propia realidad que no está sujeto a los mismos métodos de conocimiento, se trata de todo lo que tiene que ver con la valoración de la vida en sí misma considerada y el planteamiento de valores e ideales: la dignidad humana, el anhelo de felicidad y realización, la búsqueda de un sentido amplio



y definitivo de la realidad, el deseo de la verdad, la justicia, la honestidad y la paz. Muchas cosas no están en el ámbito de lo que se mide y se pesa, sino en lo que constituye la realidad espiritual y, en cierta forma, trascendente de la vida humana:

- ¿Cómo medir la dignidad humana?
- ¿Cómo pesar el sentido de felicidad?
- ¿Cuál es el espectro de la alegría en el corazón y la paz en el alma?

Una cultura que vacía de contenidos trascendentes la realidad humana comienza a generar una serie de equívocos en la persona y en la sociedad en su conjunto. Más pronto que tarde comienza a generar una cultura cerrada a la verdadera realización humana.

Por ellos, sacamos dos grandes conclusiones:

- Debemos estar comprometidos con una educación que eleve al ser humano desde su realidad material hasta su existencia trascendente. El espíritu humano no se explica por la mera descripción de procesos cerebrales e impulsos eléctrico-químicos. La creatividad artística, la expresión del lenguaje, la contemplación de las cosas, la búsqueda de Dios y, con ello, del sentido pleno de la realidad son elementos que deben ser atendidos de manera específica por la educación con sentido humanista integral, a riesgo de reducir al ser humano a una serie de fenómenos inconexos, limitados e insuficientes. Educar para construir una cultura con dimensión trascendente significa reconocer la común dignidad humana, el papel de la ética para la construcción de una sociedad más justa y solidaria.
- Educar para la libertad, educar en el desarrollo de la inteligencia, educar en la sensibilidad para la justicia y el arte, educar para la realización y la felicidad personal y social, educar para la belleza, y la bondad. Educar para el discernimiento, para ser responsables y protagonistas de la propia historia. “Todo ser humano que accede a la conciencia y a la responsabilidad, experimenta la llamada interior a realizar el bien. Descubre que es fundamentalmente un ser moral, capaz de percibir y expresar dicho reclamo... presente al interior de todas las culturas: ‘es necesario hacer el bien y evitar el mal’. Bajo dicho precepto se fundan todos los demás preceptos de la ley natural”.

LOS PROTAGONISTAS DE LA EDUCACIÓN

53. La educación es la aventura más fascinante y difícil de la vida, constituye un proceso que se nutre del encuentro de dos libertades: la apertura responsable del discípulo y la generosa actitud del educador, dispuesto a darse a sí mismo. El proceso educativo supone una serie de interrelaciones personales e institucionales de mucha complejidad que implica a toda la sociedad.

A continuación, nos referimos a los principales protagonistas del proceso educativo:

- La propia persona: en el corazón de la educación está cada persona que está dispuesta al encuentro y la apertura, que le llevará a recibir los primeros impulsos de su educación con los signos de amor y respeto de sus padres y el entorno donde



crece, posibilitando con ello que cada uno tome en sus manos la responsabilidad de su propio desarrollo y participe en la historia que comparte con los demás.

- La familia, “patrimonio de la humanidad” es la base más importante para la educación. En ella la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente. Se trata de la primera escuela de la vida donde se aprenden las virtudes personales y sociales, y desde donde se orienta la persona hacia el respeto a los demás, el amor a la propia vida y a Dios. La familia es insustituible para la educación de los hijos.

Así como los padres de familia tienen derecho a educar a sus hijos, estos tienen “el derecho a vivir en una familia unida y en un ambiente moral, favorable al desarrollo de la propia personalidad; el derecho a madurar la propia inteligencia y la propia libertad a través del conocimiento y la búsqueda de la verdad.”

Afirmamos el papel protagónico que tiene la mujer en el campo de la educación. Toda mujer es formadora por vocación porque en gran medida todas cualidades y dones están orientados a dar la vida y a conducirla a su plenitud. Educar en la actualidad es también valorar, promover y defender a la mujer en conformidad con su identidad y vocación.

Las instituciones educativas deben estar orientadas a humanizar y personalizar, desarrollando plenamente el pensamiento, la vida afectiva y en general todas las capacidades de la persona. La misión de estas instituciones está en cultivar con asiduo cuidado las facultades intelectuales y afectivas, desarrollar la capacidad del recto juicio, introducir en el patrimonio de la cultura conquistado por las generaciones pasadas, promover el sentido de los valores, y preparar a la vida profesional. Finalmente, fomentan la socialización entre todos los integrantes, contribuyendo a la mutua comprensión y colaboración. Las instituciones educativas son un beneficio y una colaboración para las familias, los maestros, las diversas asociaciones que promueven la vida cultural, cívica y religiosa, la sociedad civil y toda la comunidad humana.

Las escuelas de todo tipo deben ser una extensión de la educación recibida desde los padres y la propia familia y en concordancia con los valores de la cultura de cada pueblo. Esto no significa ignorar que en la sociedad actual hay una gama infinita de instituciones con gran efecto en el campo educativo.

La presencia de la Iglesia en la tarea de la enseñanza académica se manifiesta, sobre todo, por la escuela católica. Ella busca, no en menor grado que las demás escuelas, los fines culturales y la formación humana de la juventud y se abre, como conviene a las condiciones del progreso actual, para educar a sus alumnos y conseguir eficazmente el bien de la ciudad terrestre. Su nota peculiar consiste en alentar la búsqueda de la verdad acerca de Dios y del hombre, y de este modo, servir a la difusión del Reino de Dios, a fin de que con el ejercicio de una vida ejemplar y apostólica los alumnos sean como el fermento salvador de la comunidad humana.

- La sociedad: si bien los primeros pasos de la educación de los hijos dependen fundamentalmente de las decisiones de los padres, el proceso educativo es tan complejo que requiere del auxilio y apoyo decidido de toda la sociedad en su conjunto para alcanzar su finalidad; es aquí donde se encuentran, de manera subsidiaria, todas las estructuras e instituciones que impulsarán las diferentes etapas



de la educación, siempre en concordancia con el deber de los padres y el derecho que tienen a una orientación de la misma.

La sociedad debe ser vista como el espacio para desarrollar con creatividad y justicia las posibilidades a favor de la educación de todos los ciudadanos, independientemente de sus capacidades económicas.

- El maestro: una de las figuras más importantes en el proceso educativo es la del maestro, que no solo comunica una serie de datos fríos e impersonales del conocimiento humano, sino que orienta hacia la verdad con su vida y enseñanza. El verdadero maestro es signo de la riqueza de los valores perennes que se nos comunican por vía de nuestra cultura, tiene la autoridad de la experiencia y de la ciencia que lo constituyen en apoyo para la novedad y desarrollo del futuro de cada persona y de cada sociedad.

El maestro no puede limitar su tarea a formar personas solo para que entren a la economía de mercado. La formación humana es mucho más compleja, se trata de ayudar a encontrar la razón de ser de la propia persona, el sentido de la vida y la integración en una sociedad con sentido fraterno y justo, con ideales para la superación de cada uno y de la sociedad humana en su conjunto. ¿De qué sirve una gran preparación profesional cuando falta el sentido de la propia vida? La gran crisis de la educación actual se manifiesta en la falta de ideales de muchos jóvenes, en el cansancio que muestran hacia una cultura vacía, marcada por el “déficit de esperanza y de futuro.”

Por eso se espera de los maestros que sean personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar. El mejor modo de ser maestro, no es solo enseñar, sino sobre todo vivir lo que se enseña, como una convicción y una pasión que expresa la auténtica vocación.

- Los medios de comunicación: una de las influencias más fuertes en las tendencias culturales y en la formación de pautas de comportamiento de los jóvenes y en general de las sociedades de nuestro tiempo, proviene de los medios de comunicación, que han llegado a convertirse en instrumentos para ofrecer ciencia, diversión, arte y verdad. Entre dichos medios sobresalen, de manera creciente, los medios digitales y las llamadas redes sociales que han llegado a acrecentar la globalización de la cultura, con sus luces y sombras propias de la condición humana.

“El primer areópago del tiempo moderno es el mundo de la comunicación, que está unificando a la humanidad y transformándola -como suele decirse- en una “aldea global”. Los medios de comunicación social han alcanzado tal importancia que para muchos son el principal instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos individuales, familiares y sociales”. La Iglesia, fiel a la misión que Cristo le confió, tiene como tarea propia anunciar el evangelio y enseñar la verdad acerca de Dios y acerca del hombre. Lo hace a través de todos los medios a su alcance: la catequesis, la liturgia, la parroquia, los medios de comunicación, la escuela. No es casual que la gran institución para la enseñanza, la investigación y el conocimiento de la verdad como es la universidad haya surgido desde la Iglesia misma como una de las muchas instituciones al servicio de la humanidad.



La Iglesia tiene una misión en el proceso educativo, respetando las dinámicas propias de una realidad familiar y cultural; ella destaca todo el valor de cada ser humano y el camino que le orienta hacia el bien, la verdad, la belleza, el amor y la justicia hasta su realización definitiva y trascendente. Más aún, la Iglesia ofrece el anuncio del Evangelio como una fuerza transformadora que hace posible que las culturas alcancen su plenitud.

La evangelización no es una expresión cultural sino una propuesta para todas las culturas, de tal forma que los cristianos, aquellos que están evangelizados, pueden identificarse con cada una de sus culturas en sus costumbres y modo de vida, pero se distinguen por sus valores y por la comprensión de la realidad en su conjunto.

La Iglesia en su tarea educativa, “no está ligada exclusiva o indisolublemente a ninguna raza o nación, a ningún género particular de costumbres, a ningún modo de ser, antiguo o moderno. Adhiriéndose a su propia tradición y consciente al mismo tiempo de su misión universal, puede entrar en comunión con las diversas formas de cultura; comunión con la que tanto la Iglesia como las diferentes culturas se enriquecen.”

En una cultura plural y diversificada, la propuesta del Evangelio se realiza en diálogo y respeto hacia todos, apelando a la libertad y convicción de cada uno para aceptarlo. Una vez que el Evangelio se vive con plena convicción, se integra y se expresa en la propia cultura.

La Iglesia evangeliza educando y educa evangelizando. Por ello la Iglesia tiene el derecho y la obligación de desarrollar centros educativos para formar a la persona desde los primeros años hasta los estudios universitarios. Una escuela católica busca ante todo, una educación integral y de calidad, en la ciencia y en la verdad, centrada en el ser humano.

“Lo hace, colaborando en la personalidad de los alumnos, teniendo a Cristo como referencia en el plano de la mentalidad y de la vida...Como consecuencia maduran y resultan connaturales las actitudes humanas que llevan a abrirse sinceramente a la verdad, a respetar y amar a las personas, a expresar su propia libertad en la donación de sí y en el servicio a los demás para la transformación de la sociedad.”

En estricto respeto al derecho a la libertad religiosa y a la libertad de enseñanza, la Iglesia tiene derecho a desarrollar centros educativos con clara identidad católica por sus valores, por su propuesta académica y por sus métodos, ofreciendo un modelo educativo que propicie el desarrollo de la persona y el conocimiento de la verdad en todas sus dimensiones.

Con todo, no se debe olvidar que el gran espacio educativo de la Iglesia es la liturgia, fundamentalmente la Eucaristía, donde la Palabra que se proclama ilumina la razón y orienta el corazón. Los signos sacramentales deben destacarse con toda su fuerza y sencillez porque son comunicación que introduce al hombre en el misterio de Cristo, el único que es capaz de transformar su realidad de la muerte a la vida.

- El Estado desde su altísima responsabilidad de promover el bien común, debe garantizar el acceso y la participación adecuada de todos los ciudadanos a la educación y la cultura, “sin distinción de raza, sexo, nacionalidad, religión o



condición social”¹³⁵ de tal forma que le “corresponde proteger y defender las libertades civiles, y atendiendo a la justicia distributiva, debe procurar que las ayudas públicas se distribuyan de tal manera que los padres puedan elegir, según su propia conciencia y con verdadera libertad, la educación para sus hijos”.

El Estado, y el gobierno que de él deriva, está al servicio de la sociedad en su conjunto, por lo que desde una legítima orientación laica, debe mantener un respeto y una relación con los distintos integrantes de la sociedad. El Estado debe prestar un servicio a todos y no sólo a algunos, incluyendo las distintas personas y comunidades religiosas que participan en la vida social. Esto no significa que el Estado adopte una confesión religiosa en particular sino que debe reconocer el aporte que las religiones realizan al desarrollo de la nación desde el punto de vista de la dignidad de la persona humana y el bien común.

En una palabra el Estado debe ser laico pero la sociedad ha de ser tan religiosa como ella desee con el único límite del respeto al derecho de terceros. Esto tiene una implicación directa en el tema de la legítima libertad educativa y en el reconocimiento de la libertad religiosa. El Estado está llamado a respetar y promover el derecho de los padres a educar a sus hijos de acuerdo a sus convicciones éticas y religiosas. Los modos concretos de implementar el reconocimiento de este derecho dependerán de las circunstancias particulares que se tengan que atender. No es justo que se olvide, disminuya o niegue el ejercicio de este derecho humano.

PROPUESTAS EDUCATIVAS DESDE EL EVANGELIO

54. Como Pastores de la Iglesia católica estamos convencidos del valor que tiene el Evangelio para iluminar la inteligencia y la conciencia del hombre y orientar su voluntad hacia lo que es verdadero, bueno y justo. El Evangelio, además de ser el anuncio de la verdadera trascendencia humana por la salvación realizada por Jesucristo, es también la más grande propuesta de valores para nuestra realización presente.

Por ello, no dudamos en ofrecerlo como punto de referencia de suma importancia para la formación humana. Buscar la perfección coincide con lo que es bueno y nos lleva hasta la realidad de Dios, tal como lo dice san Pablo: no se dejen engañar por los falsos criterios de este mundo “antes bien transfórmense mediante la renovación de la mente, de forma que puedan distinguir lo que es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom 12,2).

- El Evangelio es la propuesta más audaz y definitiva para la realización trascendente del hombre. Se puede alcanzar en el seguimiento de Jesucristo y en la aceptación del plan salvífico de Dios manifestado y realizado por Él. Por este motivo, más allá de iluminar las culturas y las conciencias, es también el camino para la plena redención de cada persona y de la humanidad entera. El hombre puede recorrer por sí mismo un tramo en la búsqueda de su realización, pero la realización plena solo se alcanzará mediante su apertura a Dios y la Gracia que de Él proviene.

Jesucristo, pedagogía de Dios



55. Al principio de todo está la Palabra de Dios como expresión de sí mismo, como nos recuerda san Juan: “En el principio estaba la Palabra... y la Palabra era Dios” (Jn1,1) siendo ella misma el inicio de toda la creación: “Todo existió por medio de ella y sin ella nada existió de cuanto existe” (Jn 1,3).

Esta Palabra se manifiesta como una enseñanza que nos introduce a la sabiduría de Dios, a través de sus obras: “Un día le pasa el mensaje al otro día, una noche le informa a otra noche. Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que se oiga su voz, a toda la tierra alcanza su discurso, a los confines del mundo su lenguaje” (Sal 19,3-5).

- Pero de manera especial se manifiesta como Palabra que orienta la historia y el corazón del hombre en el camino de la realización y salvación: “enséñame Señor a cumplir tu voluntad, pues tu eres mi Dios” (Sal 143,10).
- Esta enseñanza se plasma a través de los acontecimientos orientados a la salvación, en diversas manifestaciones de grandeza y cercanía, pero de manera más privilegiada, a través de su Ley, la Toráh (cf. Ex 20), que expresa la sabiduría para la vida: “Enséñame Señor a cumplir tu voluntad y a observarla de todo corazón” (Sal 119,34)
- Finalmente se mostrará y se expresará toda la plenitud de la Sabiduría y la Palabra de Dios en medio de nuestra realidad histórica: “Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Y nosotros hemos contemplado su gloria” (Jn1,14)

Jesucristo mismo, en tanto Palabra de Dios, es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). Él es el método, es decir, el camino que a lo largo de la historia de la salvación se manifiesta como la pedagogía de Dios que orienta, acompaña y enseña. También corrige y advierte sobre los errores y sus consecuencias.

Sabe ante todo mostrar los beneficios del bien y la verdad, que se transforman en vida y en auténtico amor, expresión de la plenitud y realización humana, tanto personal como social: “Les di a conocer tu nombre y se lo daré a conocer, para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos” (Jn 17,26). Una pedagogía que nos lleva a crecer en la verdad y en la libertad, en el amor y en la solidaridad: “Mira yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia,... escoge, pues, la vida, para que vivas, tú y tu descendencia...” (Dt. 30,15.19).

Cristo Maestro

56. Una de las formas más solemnes con las que se dirigen a Jesús cuántos lo conocen y escuchan es con el título de Rabí (Mc 10,51), es decir, Maestro, con un reconocimiento adicional: “la gente se asombraba por su enseñanza porque lo hacía con autoridad, no como los escribas” (Mc 1,22).

Podemos destacar que todo Él es enseñanza: su persona, sus actitudes, sus palabras y sus acciones, se da una perfecta coherencia entre lo que dice y lo que hace, siendo fundamento de la autoridad que todos admiran.

- Desde la autoridad que surge de su persona muestra la primera actitud de toda enseñanza: la congruencia y el compromiso con la verdad. Estamos hechos para la



verdad, podemos alcanzar la verdad y debemos vivir en ella, porque solo la verdad nos hará auténticamente libres (Jn 8,31-32). La polémica más fuerte de Jesús es contra los falsos maestros que no viven o no creen en la verdad (cfr. Mt 23,13).

- Junto a la autoridad irrenunciable del maestro, fruto de su coherencia, paradójicamente va la actitud humilde de servicio al discípulo: “ustedes me llaman Maestro y Señor y dicen bien. Pero si yo, que soy Señor y Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo” (Jn 13,13-15).
- La autoridad del maestro le gana el respeto y la admiración de sus discípulos, el ejemplo de servicio le gana la confianza y el amor, y al mismo tiempo se convierte él mismo en modelo de realización. Toda la misión de Jesús se define en esta actitud: “El Hijo de Hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mt 20,28). Por eso mismo dirá el que quiera ser el primero de todos, sea el servidor de todos (cf. Mt 20,27). Jesús no es un simple maestro de novedades, recurso fácil para envolverse de fama, sino de ideales para alcanzar el verdadero desarrollo de las virtudes, por ello enseña la exigencia de la verdad y la dureza y sacrificio que supone alcanzar la perfección. Tampoco es el demagogo que quiere halagar el oído de los discípulos, sino el que muestra el camino difícil de la virtud: “¡Qué estrecha es la puerta!,

¡qué angosto el camino que lleva a la vida!, y son pocos los que la encuentran” (Mt 7,14). A todos exige el primer paso fundamental para la vida: ¡cumple los mandamientos! (cf. Mt 19,17).

Quien esté dispuesto a ir más adelante recibirá la una propuesta más alta, a fin de entender la vida como una total realización para los demás: “Si quieres ser perfecto, ve, vende tus bienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después sígueme” (Mt 19,21). El Maestro va delante del discípulo y Cristo mismo es el modelo a seguir para recorrer el camino.

Pedagogía de Jesús

57. La enseñanza principal es llevarnos a la verdad y por la verdad al amor. La verdad sobre la realidad humana y el mundo que nos rodea. La verdad que nos hace reconocernos como creaturas predilectas de Dios, pero también necesitados de reencontrarnos con Él.

La verdad que nos lleva a reconocernos como hermanos en el camino de la vida, como condición previa para participar en el Reino de Dios. La verdad que coincide con la vida en abundancia, con el amor en plenitud, y con la belleza inefable, es decir, con el misterio de Dios, que finalmente es un misterio de amor (cf. 1Jn 4,8).

Toda enseñanza y acción de Jesús lleva al hombre y a la mujer a recuperar y reconocer su dignidad como persona experimentando el amor de Dios: desde el perdón que renueva el corazón y la conciencia (cf. Mc 2,5); la curación por la que cada uno reencuentra su lugar en medio de los demás (cf. Mc 1,30-31; 1,40-44); parte de la convicción de que toda realidad humana puede ser transformada hacia el bien (cf. Mt 21,31-31; Lc 19,5-6).



Educar es llevar a cada persona al reconocimiento de sus valores, aceptándose a sí misma para alcanzar el desarrollo pleno (cf. Mt 25,14ss) y el reconocimiento de los demás en comunidad. Educación que abre los caminos de realización hasta la trascendencia. Eleva los horizontes hacia las realidades espirituales definitivas significadas en el Reino de Dios.

- Jesús es un maestro sabio que comunica la sabiduría: utiliza todas las herramientas metodológicas a su alcance para hablar de las realidades más complejas. Las parábolas como un método audiovisual de todos los tiempos.
- Con los ejemplos de la vida diaria y de los detalles más comunes al alcance de todos nos habla del misterio del hombre y el misterio de Dios, del trabajo de todos los días, del sentido de la vida, de la presencia del mal, de la muerte, de la salvación, de la vida futura, etcétera.
- Utiliza también los métodos para ejercitar la memoria. No deja de lado la diatriba, los razonamientos, la lógica, el diálogo, las preguntas y los cuestionamientos. Jesús pone toda la nobleza de los buenos métodos al servicio del hombre y de la verdad, formando la mente, el corazón, la conciencia y la esperanza del discípulo.
- Jesús forma para que el discípulo crezca y alcance su madurez en la libertad, en el desarrollo de sus dones y cualidades, en la solidaridad pero, sobre todo, en el auténtico amor. Para ello debe ser paciente, de acuerdo a cada persona. Debe ser provocativo para hacer reaccionar; es también profético, para corregir con claridad y energía; pero se manifiesta ante todo como un maestro sabio y bueno, para conocer a cada persona y conducirla en el camino de su realización.
- Es un maestro que hace de cada discípulo un apóstol, es decir, un enviado a comunicar lo que ha aprendido y a convertirse él mismo en otro maestro que forme e impulse a los demás hacia la verdad desde la propia experiencia y convicción (cf. Mc 6,7ss).
- Jesús mismo es el modelo del hombre plenamente desarrollado hasta la madurez y la realización plena de sus ideales por los que entrega la vida y le da sentido a toda su existencia: formado en los valores familiares y sociales, con toda la riqueza cultural y religiosa de su patria. Integrado en la relación con los demás en los principios de la solidaridad, compromiso, justicia y amor. Equilibrado en sus sentimientos, ubicado en su realidad, gozoso en la aceptación de la vida, responsable de su propia tarea, forjador de amistades y lealtades, amando la realidad presente y siempre orientado hacia la trascendencia definitiva de Dios.

La Iglesia portadora del Evangelio

58. El inicio de la Iglesia está marcado por dos momentos directamente ligados a la enseñanza:

- El envío fundamental que Cristo resucitado da a sus discípulos para que vayan por todo el mundo a hacer discípulos y enseñar todo lo que Él les ha enseñado (cfr. Mt 28,19-20).
- El día de Pentecostés donde con la acción del Espíritu Santo se manifiesta como sabiduría para anunciar a Cristo y comunicar su enseñanza, dando origen a la primera comunidad de discípulos, la Iglesia de Jerusalén (Hch 2,42).



En realidad, la razón de ser de la Iglesia y su misión principal es comunicar el Evangelio de Jesucristo y continuar su obra de enseñanza y salvación. Es Madre y Maestra, decía Juan XXIII, es experta en humanidad por su experiencia a lo largo de los siglos, en el servicio a la persona y a la sociedad, afirmó Pablo VI. Por ello, expresó Juan Pablo II, el camino de la Iglesia es el hombre. Lo más propio de la Iglesia, dirá Benedicto XVI, es enseñar y vivir la caridad en la verdad, que va mucho más allá de la justicia. La Iglesia debe seguir los pasos y el ejemplo de su Maestro y Señor, Jesucristo, en quien se ha manifestado el Amor eterno y la Verdad absoluta que es Dios.

59. Para enfrentar la emergencia educativa, es indispensable crear alianzas, tejer redes y despertar sinergias entre familia, escuela, empresarios, gobernantes, medios de comunicación e Iglesia. Estas sinergias serán provechosas en la medida en que se coloquen al servicio del crecimiento de la persona humana y sus exigencias objetivas de desarrollo.

A continuación, presentamos precisamente un conjunto de propuestas que buscan motivar compromisos y tareas para que todos podamos encontrar un rumbo eficazmente orientado hacia la educación integral de las personas y de las comunidades.

1. RECUPERAR LA CENTRALIDAD DE LA PERSONA

60. La persona humana, es decir, el ser humano concreto aquí y ahora, es el fundamento y destino de toda política y acción educativa. Por ello no es posible prescindir de la persona bajo ninguna circunstancia. Más aún, es preciso que nunca sea usada como mero medio sino siempre respetada como fin. Ella es el parámetro y la norma para realmente verificar si la educación es verdadera.

Juan Pablo II, con gran valentía dijo a este respecto en la UNESCO: “hay que considerar íntegramente, y hasta sus últimas consecuencias, al hombre como valor particular y autónomo, como sujeto portador de la trascendencia de la persona. Hay que afirmar al hombre por él mismo, y no por ningún otro motivo o razón: únicamente por él mismo! Más aún, hay que amar al hombre porque es hombre, hay que reivindicar el amor por el hombre en razón de la particular dignidad que posee”.

De este modo, debemos cuestionarnos seriamente:

- ¿Hasta qué punto la persona del educando es el objetivo principal de nuestros esfuerzos?
- ¿Realmente prevalece, por encima de otros fines, el propósito de acompañarlo en el proceso de realizar su propia identidad, de cumplir con su vocación personal, y principalmente con su llamado a realizarse en el amor a través del servicio a los demás?

Todas las instituciones -- gobiernos, sindicatos, escuelas públicas y privadas, medios de comunicación, centros culturales, iglesias y comunidades eclesiales, debemos colocarnos permanentemente al servicio de la persona del educando.

En nuestro tiempo, algunos criterios económicos y políticos, incluso una mal entendida “excelencia educativa” han desplazado la centralidad de la persona subordinándola a otros



intereses. Es muy grave la instrumentalización de la cuestión educativa, dando cabida al utilitarismo económico, a la conveniencia ideológica o a los intereses de gremio, por encima de la dignidad y los derechos que tienen los niños y jóvenes de México.

Así mismo, vale la pena cuestionarnos si las tareas educativas conducen, realmente, al encuentro del sentido de la existencia y a la razón de ser de cada persona y de la realidad humana en su conjunto. “La orientación que se imprime a la existencia, a la convivencia social y a la historia, depende en gran parte de las respuestas dadas a los interrogantes sobre el lugar del hombre en la naturaleza y en la sociedad”.

Precisamente por esto, es necesario educar en la pregunta por el sentido de la realidad, es decir:

- Aprender a usar la razón como medio para trascender las apariencias y comprender el significado profundo del mundo y de la vida.
- Aprender a ser críticos buscando la verdad y preguntando no sólo el “cómo” sino el “por qué” de las cosas que suceden.
- Aprender a cuestionarse acerca de las razones que contribuyen a la realización de la persona y de quienes la rodean.
- Aprender a descubrir la auténtica dignidad de todas las personas y su vocación de servicio solidario a la sociedad.

No se puede desconocer que la educación es un proceso que requiere de evaluación constante y perspectiva de futuro en un proyecto de vida. Todo esto supone paciencia, perseverancia y estímulos que animen y ayuden a un discernimiento y opción vocacional sin violentar la libertad.

Si bien el educando requiere de medios, ambientes y sobre todo personas que lo ayuden en su itinerario formativo, él mismo es responsable y protagonista de su propio desarrollo. Hay que considerar siempre al educando como sujeto y no simplemente como objeto o destinatario de un proyecto que se le impone desde fuera. La verdadera educación promueve la formación de personalidades maduras, capaces de tomar sus propias decisiones y disponibles al compromiso solidario con los demás.

2. ASEGURAR UNA EDUCACIÓN INTEGRAL Y DE CALIDAD PARA TODOS

61. La tarea educativa debe dirigirse por igual a todos los habitantes de nuestra patria, sin exclusión ni discriminación alguna.

Tenemos una deuda histórica con aquellos que no han recibido educación formal alguna o la han recibido de manera insuficiente. Especialmente, hemos de pensar en el mundo indígena y en los pequeños poblados rurales que siguen padeciendo graves carencias educativas.

Nos preocupan aquellos niños y jóvenes que actualmente están excluidos del sistema educativo y que reclaman a toda la sociedad mayor responsabilidad. El compromiso educativo no puede dejarse solo en manos del Gobierno o de las instituciones públicas.



Todos estamos llamados a poner a prueba nuestra generosidad y demostrar en este campo un verdadero servicio a Dios y a los hermanos.

El mosaico de culturas prehispánicas y el mestizaje que dio origen a una identidad mexicana es una riqueza que no debemos descuidar. No podemos olvidar ni despreciar nuestras raíces. Los pueblos indígenas tienen una cosmovisión que integra un sentido religioso y comunitario, unas tradiciones y unos valores que son un aporte invaluable ante una sociedad individualista y que se le dificulta encontrar sentido a la existencia.

Sigue siendo ejemplar la pedagogía de nuestros antepasados nativos y de los primeros misioneros como Vasco de Quiroga, Fray Toribio de Benavente “Motolinía”, Fray Bernardino de Sahagún y otros, que valorando y respetando a los indígenas, evangelizaron educando y educaron evangelizando.

De esta manera todos tenemos que reconocer que:

- La identidad mexicana puede ser ejemplo de una cultura propia en la que se integran y enriquecen mutuamente las raíces indígenas y europeas. Superando dicotomías dañinas, hemos de reconciliarnos con nuestro pasado y proyectarnos al futuro con una vocación particular de nación independiente ante un mundo globalizado y plural.
- La migración del campo a la ciudad plantea retos enormes a niños que crecen en ambientes diferentes a su cultura original. Nos preocupan las leyes injustas e inhumanas que niegan el derecho a la educación a muchísimos niños y jóvenes de las familias que han migrado hacia los Estados Unidos.
- Hemos de analizar y erradicar las causas de la deserción escolar y acrecentar en un esfuerzo conjunto el grado de escolaridad de nuestros niños y jóvenes.
- Los niños y jóvenes con capacidades diferentes han de ser tomados en cuenta y atendidos de manera adecuada con un sistema diseñado ex profeso para ellos. Es necesario propiciar la creación de redes solidarias entre las familias que permitan una mejor atención de ellos en los procesos educativos.

Para evitar la discriminación, la educación debe ser inclusiva, es decir, capaz de acoger y valorar nuestras diferencias culturales. Se trata de educar a “todos los hombres y todo el hombre”

3. Educar en la verdad y en la libertad para promover la paz

62. Es un lugar común en el mundo educativo hablar de “educación en valores”. Para que esta expresión no sea un mero recurso retórico es necesario que los valores sean reconocidos e interiorizados al grado que se conviertan en ideales que orienten la vida.

La formación en valores es inoperante si no se traduce en hábitos operativos, es decir, en virtudes. “Si la educación no forma, antes que nada, personas que amen el bien, la belleza, la verdad y la justicia, todo lo demás queda fincado en un terreno frágil y superficial”.

El primer valor fundamental que ha de perseguir la educación es la búsqueda y la aceptación de la verdad.



- Quien conoce la verdad puede iluminar con ella la realidad personal, comunitaria e histórica.
- Quien la desconoce carece de criterios fundamentales para orientar su vida
- Quien, conociendo la verdad no vive de acuerdo a ella, acaba por deformar la misma verdad. La verdad llama a configurar la vida conforme a ella. Por eso, la verdad no sólo es un parámetro para la inteligencia sino para definir la vida en su totalidad.

En efecto, educar en la verdad no consiste solo en afirmarla teóricamente sino en asumirla como una propuesta existencialmente pertinente para la vida. Para que la verdad cumpla con su misión a este descubriendo lentamente. Este es el camino de la verdadera sabiduría, que por mucho rebasa la mera erudición.

Un auténtico educador necesita tomar en serio la curiosidad intelectual que existe ya desde la infancia. Aún con la multiplicidad de informaciones y el contraste de ideas e interpretaciones que se proponen continuamente, los jóvenes conservan dentro de sí una gran necesidad de verdad, búsqueda que debe ser acompañada por la preparación y experiencia del docente.

“En la actualidad, un obstáculo particularmente insidioso para la obra educativa es la masiva presencia, en nuestra sociedad y cultura, del relativismo que, al no reconocer nada como definitivo, deja como última medida sólo el propio yo con sus caprichos; y, bajo la apariencia de la libertad, se transforma para cada uno en una prisión, porque separa al uno del otro, dejando a cada uno encerrado dentro de su propio yo. Por consiguiente, dentro de ese horizonte relativista no es posible una auténtica educación, pues sin la luz de la verdad, antes o después, toda persona queda condenada a dudar de la bondad de su misma vida y de las relaciones que la constituyen, de la validez de su esfuerzo por construir con los demás algo en común”.

Aspecto fundamental en la educación es la formación en la auténtica libertad. La verdadera libertad es obediencia consciente y voluntaria a la verdad. La libertad “no es la ausencia de vínculos... no es el absolutismo del yo. El hombre que cree ser absoluto, no depender de nada ni de nadie, que puede hacer todo lo que se le antoja, termina por contradecir la verdad del propio ser, perdiendo su libertad. Por el contrario, el hombre es un ser relacional, que vive en relación con los otros y, sobre todo, con Dios”.

Una adecuada educación en la verdad y en la libertad son actualmente muy necesarias y urgentes para el contexto de inseguridad y violencia en el que nos encontramos. Sólo con una educación de este tipo es posible el distinguir el bien del mal y hacer una opción para vencer al mal a fuerza de bien (Cf. Rom 12, 21).

Para crear un clima de justicia se requieren ciertamente unas normas jurídicas y la observancia de la ley. Las leyes para que realicen su efecto saludable en la sociedad deben de basarse en la verdad y en una adecuada comprensión de la libertad.

Ahora bien, las leyes justas nunca son suficientes. Como personas y como sociedad necesitamos superar el rencor y la venganza con el ejercicio liberador y generoso del perdón y la misericordia.



Quienes provocan por distintos motivos la violencia y la muerte en nuestra sociedad, no sólo son delincuentes, sino ante todo son hombres y mujeres necesitados de reencontrar su dignidad humana más allá del mal que han promovido. Los reclusos en los centros de readaptación social requieren urgentemente la oportunidad de una educación, de una atención especial, que les permita reincorporarse a la sociedad abrazando de manera consciente y libre un nuevo estilo de vida basado en la verdad y en el bien.

La verdad es fundamento tanto de la justicia como de la caridad. El ser humano anhela no sólo la justicia sino también la caridad que la rebasa. Por esto: “la verdadera y genuina paz pertenece más bien a la caridad que a la justicia, ya que lo que ésta hace es remover los impedimentos de la paz, como son las injurias, los daños, pero la paz es un acto propio y peculiar de la caridad”.

4. Reconocer el papel fundamental de la familia

63. Es básico que cada familia tenga conciencia de su vocación como comunidad educativa, como espacio esencial e imprescindible, sujeto activo, lugar privilegiado y pilar de toda educación humana y cristiana. Así como los padres de familia tienen el derecho a educar a sus hijos, estos tienen “el derecho a vivir en una familia unida y en un ambiente moral, favorable al desarrollo de la propia personalidad; el derecho a madurar la propia inteligencia y la propia libertad”.

Los padres de familia y no la escuela ni el Estado, son los primeros responsables de la educación de los hijos. Esto lo deben reconocer y promover las leyes civiles y la propia Iglesia.

Cuando se pone el énfasis en el derecho natural de los padres para “ser reconocidos como los primeros y principales educadores de sus hijos”, se está señalando la importancia que tiene la familia como estructura fundamental de la sociedad, por lo que el primer apoyo que debe brindar la sociedad en su conjunto y las instituciones del Estado en particular, es favorecer la estabilidad de la misma familia, en orden al acompañamiento de la vida por los mismos que la comunican.

Así lo expresa la Declaración Universal de los Derechos Humanos en el número 16:

“La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado”.

La familia, como célula originaria de la sociedad es la instancia primordial donde se genera y va madurando una verdadera educación, donde los hijos asimilan los valores humanos y cristianos, donde se vive y practica la solidaridad entre las generaciones, el respeto mutuo, el perdón y la aceptación del otro, el amor a la propia vida y a Dios.

Uno de los bienes más preciosos es la presencia de los padres que comparten el camino de la vida con los hijos, transmiten sus experiencias y la sabiduría adquirida con los años. Sólo se puede comunicar una cultura pasando juntos el tiempo y exhortando con un ejemplo convincente. Todos los miembros de la familia han de participar en este esfuerzo ayudándose mutuamente.



La ausencia del padre puede tener graves consecuencias. Así mismo, es insustituible la ternura y fortaleza de la madre. Los abuelos dan una preciosa contribución con su presencia y experiencia. Entre los mismos hermanos siempre existe la oportunidad de encontrar las razones para el amor y el perdón que se requieren en toda circunstancia de la vida. No olvidemos finalmente que también los más pequeños miembros de la familia aportan con su persona, su fragilidad y su dependencia importantes lecciones sobre la valoración de la vida y sobre el descubrimiento de su sentido último.

El intercambio de experiencias, la convivencia y la reflexión compartida entre varios matrimonios y familias en comunidad, abre horizontes y enriquece a quienes participan en ese tipo de experiencia comunitaria.

Los padres de familia necesitan formarse de acuerdo a las exigencias de su vocación para poder cumplir con su misión de educadores. Apoyándose en la escuela y en la parroquia, nunca olviden que ellos son los primeros maestros y catequistas de sus hijos

Para ayudarles en su tarea, es preciso promover “escuelas para padres” y darles espacio para su participación en los consejos y asociaciones de padres de familia.

La familia, la escuela, la parroquia deben buscar hacer sinergia para apoyarse en la tarea educativa de las nuevas generaciones.

